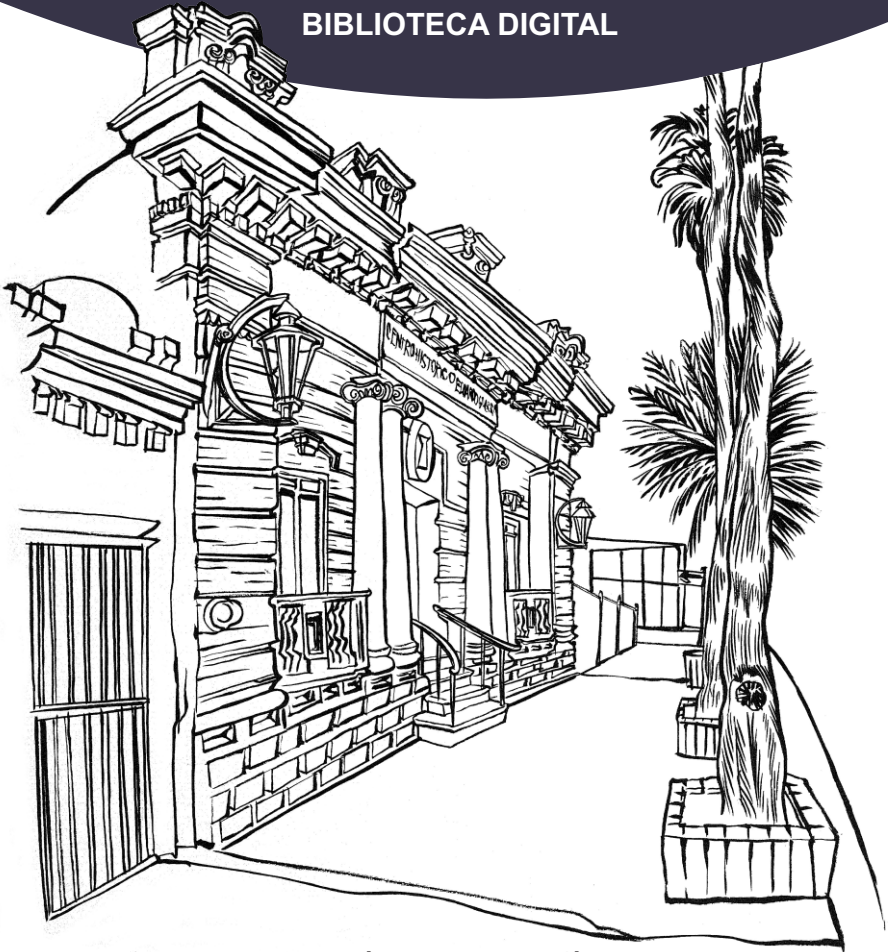




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC



Pablo Machuca Macías

**Crónicas y Leyendas de
Gómez Palacio**

Basilica de Guadalupe
y Palacio, Dgo. Méx.
Anul Espanza S. 1992

CRONICAS Y LEYENDAS DE GOMEZ PALACIO son relatos orales, unos que si sucedieron y otros ficticios que fueron conocidos y comentados por los antiguos pobladores de nuestra ciudad.

Estas narraciones vienen a ser un complemento de la obra ENSAYO SOBRE LA FUNDACION Y DESARROLLO DE GOMEZ PALACIO y su lectura servirá para redondear los conocimientos de la vivencia de sus antepasados de una buena parte de la población; quizá su lectura despierte recuerdos de las pláticas de abuelos y padres, escuchados en la infancia o en la adolescencia. No es otro el propósito.

El autor.

EL MESON DEL HUIZACHE

Los trenes de pasajeros que comenzaron a correr en 1883 por la vía del Ferrocarril Central Mexicano, de cuando en cuando se detenían frente a la llanura donde solo crecían mezquites, huizaches y matojos de gobernadora. A lo lejos apenas si se divisaban las labores de la hacienda de Santa Rosa recostada en la falda del cerro del mismo nombre y más lejos todavía entre arboledas y huertos estaba Lerdo, la villa más importante entonces en la Comarca Lagunera. Tanto la hacienda como la villa eran los únicos lugares habitados más cercanos al paradero de los trenes conocido como estación Lerdo y que algunos lugareños llamaban también de Santa Rosa.

Al año siguiente frente a la estación, entre los matorrales apareció una vieja carpa donde se instaló el primer poblador que hubo por estos lugares que fue Ruperto Enríquez a quien más tarde el propietario de estas tierras el latifundista Santiago Lavín le regaló un terreno para que construyera una casa. Al levantar el ingeniero Laureano Paredes el plano de la futura ciudad el terreno quedó comprendido en la manzana 1 por la calle

Hidalgo que hoy es la Independencia, entre las de Ampuero y Aedo.

Sin embargo, platicaban los ancianos que la primera finca construída en donde ahora es Gómez Palacio fue el mesón y baños El Huizache que estaba por la calle Juárez -Constitución- entre Rascón y Aedo. Era una casa con paredes de adobes encalados por fuera y en su interior se veían cuartos y un amplio corral. Sobre petates extendidos en el suelo de los cuartos descansaban los viajeros para abordar los trenes más tarde o pasaban la noche los que lo hacían al día siguiente. En el corral había pesebres con rastrojo, alfalfa y piletas de agua para consumo de los caballos que montaban los rancheros o tiraban de los bogues y tartanas, así como los burros de las recuas que conducían los arrieros en camino.. En un principio fue el único refugio de abrigo y descanso en la soledad de esta parte del desierto.

Vicente Tapia platicaba que su papá puso una carnicería al lado del mesón y que por esos días el señor Epigmenio Rodallegas que vivía en Lerdo construyó una casa más al sur donde estableció un pequeño comercio que vendía mercancías a los viajeros que pasaban. Luego Hugo Francke y Federico Ritter -también vecinos de Lerdo- levantaron sus respectivas fincas. Comenzaba el nacimiento de una población; no tardaron en llegar más hombres que fueron limpiando de matorrales la llanura apareciendo más casas, hasta verse años más tarde una ciudad moderna de anchas y rectas calles.

Mucho tiempo se vieron los restos de lo que fue el mesón y baños del Huizache. En la calle

frente a la finca estaba la que fue caldera de la planta de vapor que sirvió para sacar agua de la noria que se usaba en las diferentes necesidades del negocio.

LA ANTIGUA HACIENDA DE SANTA ROSA

Posiblemente la hacienda de Santa Rosa fue fundada en 1844 por don Juan Ignacio Jiménez ya que ese año rentó al señor Juan Nepomuceno Flores las tierras laguneras del estado de Durango. Esas tierras que fueron escenario de las invasiones de los indios bárbaros del norte, y donde más tarde tuvieron lugar las luchas entre las bandas mercenarias de los señores de la tierra que peleaban por el control de las aguas del río Nazas. Don Santiago Lavín al construir la presa y el canal de Santa Rosa -tajo de La Línea- fue con el fin de acaparar más agua teniendo por ello serias dificultades con los rancheros de Coahuila y la Compañía del Tlahualilo.

En aquellos años la vieja hacienda de Santa Rosa era el paso obligado de conductas y carruajes que venían de Saltillo a Nazas -pueblo situado en la ribera del río del mismo nombre- y viceversa, o que viniendo de ese lugar continuaban su camino al norte por la ruta de Mapimí que era peligroso transitarla porque en el territorio del Bolsón merodeaban los indios esperando el paso de los viajeros para asaltarlos y en ocasiones hasta los mataban.

Casi nada se sabe de la hacienda de Santa

Rosa. No se sabe como era la casa grande, si existía capilla o tienda de raya y cuantas mulas cabían en sus corrales; si era cierto como aseguraban algunos que una barda de adobes rodeaba en parte la hacienda para defenderse de las depredaciones de los apaches. Los que nacimos a principios del presente siglo y que de muchachos conocimos las ruinas de Santa Rosa nunca se nos ocurrió preguntar a los ancianos que alcanzaron a conocerla, como era la vieja hacienda, que fue abandonada y con el nombre de rancho de Santa Rosa se estableció donde después fue la colonia del mismo nombre. Es probable que el cambio se haya efectuado para estar cerca del ferrocarril y también para librarse de las inundaciones anuales del río, ya que se asentaba en el cauce que hace muchísimos años fue el curso natural de la corriente del Nazas.

Todavía a principios de los 30' se mantenían en pie restos de las paredes de adobes ya carcomidos por el paso de tiempo de lo que fue la hacienda de Santa Rosa; emergían en medio de mezquites, huizaches y plantas silvestres donde en el suelo pedregoso abundaban víboras, lagartijas, camaleones, ardillas y uno que otro zorrillo. Una placa de burda mezcla en una tapia ruinoso señalaba borrosamente la fecha de la estancia del presidente Juárez en la hacienda. Eso fue en 1864 cuando los hombres de la República venían huyendo ante el acoso de los invasores franceses y los traidores conservadores.

Buscando datos sobre la permanencia del patrio y sus colaboradores en Santa Rosa he visita-

do bibliotecas en la ciudad de México consultando libros sin ningún resultado. En la librería Porrúa me enseñaron una obra sobre la vida del licenciado José María Iglesias que fue uno de los ministros que acompañaron al presidente en su peregrinar por el norte, y leí un pasaje donde en forma poética más o menos decía lo siguiente: "Esa noche la luz de la luna se reflejaba en las mansas aguas del Nazas a la vuelta del cerro". Esta descripción concuerda con la situación que se apreciaba entre Santa Rosa y el río.

Recordando que una vez en Durango el historiador Antonio Arreola me enseñó su libro Juárez en los caminos de Durango en el que hacía referencia de la estancia del señor Juárez en Santa Rosa, por conducto de la licenciada Sonia Lilia Casas pedí al señor Arreola más detalles sobre el caso. El escritor duranguense se tomó la molestia de buscar en su archivo -cosa que le agradezco- enviando lo que sigue:

Copias fotostáticas de las páginas 452 y 453 del libro Epistolario de Benito Juárez de Jorge L. Tamaye en donde aparece una carta que el patricio mandó al señor Matías Romero fechada el 22 de septiembre de 1864 en Nazas, y de ahí tomamos el siguiente párrafo.

"El día 2 de septiembre llegamos a la Hacienda de Santa Rosa perteneciente a este Estado y allí formé el Primer Cuerpo del Ejército de Occidente, compuesto de la División que había yo organizado en Nuevo León al mando del Gral. Alcalde, de la División de Zacatecas y de la División del Gral. Patoni. Nombré de General en Jefe al Sr.

González Ortega y de su segundo el Sr. Patoni y ordené que se abriese la campaña sobre Durango y Zacatecas. El día 12 emprendió el Ejército su marcha y yo me pasé a esta ciudad que dista 60 leguas de la Capital de Durango. Hoy se hallan nuestras fuerzas interpuestas entre Durango y Zacatecas y pronto ocuparán una de estas Capitales”.

Recibí también copias de las páginas 49 y 50 del libro La Ruta de Juárez de Francisco R. Almada editado por la Universidad de Chihuahua, de donde copio lo que sigue:

“El Presidente de la República y sus Secretarios pernoctaron el 2 de septiembre en la hacienda de Santa Rosa, jurisdicción del Estado de Durango, que estaba ubicada en la margen izquierda del río Nazas entre las actuales ciudades de Lerdo y Gómez Palacio, en la banda opuesta del rancho del Torreón. Hasta este punto llegó el general Patóni, llamado por el Gobierno Nacional. Allí acordó esta la constitución del Cuerpo de Ejército de Occidente bajo la jefatura del general Jesús González Ortega, teniendo de segundo al mismo Patóni y de subalternos a los generales Alcalde, Antonio Carbajal, Manuel Quezada y Pablo M. Zamcona. La jurisdicción de dicho Cuerpo se extendió a los Estados de Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, Durango y Chihuahua y el Distrito de Parras del Estado de Coahuila”.

“En Santa Rosa resolvió la Secretaría de Hacienda, con fecha 3, que se sujetaran a revisión todas las operaciones de ventas de bienes nacionalizados del clero que había realizado el Gobernador del Estado de Chihuahua, coronel Luis Te-

rrazas, en contravención de los preceptos de la ley general del 5 de febrero de 1861 y comisionó para que se encargara de dicha revisión a don Juan José Ochoa quien desde ahí se dirigió a la capital chihuahuense. El oficio respectivo prevenía al comisionado que procurara por todos los medios posibles, resarcir al erario de los desfalcos que habían recibido por este motivo”.

El 7 de septiembre el presidente Juárez y su comitiva abandonaron la hacienda de Santa Rosa reanudando su viaje al norte, llegando ese mismo día al importante mineral de Mapimí.

SE REGALAN TERRENOS

Con motivo del paso del ferrocarril por sus propiedades don Santiago Lavín decidió fundar una ciudad en los terrenos adyacentes a la estación Lerdo. Al señor Lavín no lo guió el afán de lucro ya que los terrenos fueron regalados a las personas que desearan avecindarse en la futura población con la condición que comenzaran a fincar de inmediato o cuando menos bardear sus lotes y plantar árboles al frente de sus casas.

El ingeniero Laureano Paredes contratado por don Santiago Lavín vino de Durango a levantar los planos de la ciudad en proyecto que llevaría el nombre de Gómez Palacio. Al concluirse los planos y hacerse el trazo de las calles anchas y rectas, comenzó la donación gratuita de terrenos a las personas interesadas. También se regalaron espacios suficientes a los industriales para que establecieran fábricas.

En el libro 1 del Registro Público de la Propiedad de la Cabecera del Partido de Mapimí que entonces era Villa Lerdo aparecen registrados algunos testimonios que ante diferentes notarios o escribanos públicos el terrateniente Santiago Lavín otorgó donaciones de terrenos a personas que en su mayoría vivían en Lerdo.

El 15 de septiembre de 1885 al señor Epigmenio Rodallegas le fue donado un terreno localizado en la manzana 1 del plano respectivo; limitado al oriente por la calle Ampuero, al poniente por Aedo, al norte propiedad del señor Santiago Lavín y al sur de Ruperto Enríquez.

Quince días más tarde, el 30 de septiembre el señor Pedro G. Alvarez recibió la manzana 8 midiendo el terreno 80 metros por cada lado, limitado al norte por la calle Hidalgo, al sur por Cerviago, al oriente por Aedo y al poniente por Rascón.

El 21 de junio de 1886, al señor José Guadalupe Reyes le fue otorgada la manzana 18; como dicho señor no pudo fincar según lo estipulaba la donación se convino en dividirlo en dos partes, quedando la mitad al señor Reyes y la otra a don Juan N. Franco. El terreno medía 80 metros por cada lado limitado al oriente por la calle Gómez Palacio, al poniente por Bárcena -hoy avenida Hidalgo-, al norte por Santander y al sur por Hidalgo que ya se ha dicho es actualmente la Independencia.

El 20 de julio de 1887 los señores Santiago Prince, Miguel Torres y el doctor Cosme F. Prince en representación de la fábrica de hilados y tejidos La Amistad reciben las manzanas 16 y 27 y

que cada una de ellas forma un cuadro de 80 metros por lado, teniendo por linderos al oriente la calle Gómez Palacio, al poniente Burgos, al norte San Gabriel, al sur Juárez -Constitución- y en medio de las dos manzanas quedó la calle Bárcena. Esos terrenos posteriormente fueron aumentados con las manzanas 17, 28 y 29 donde se levantaron las dependencias de la fábrica La Amistad y las casas de empleados y obreros. Las manzanas 28 y 29 formaban una área irregular ya que al norte las limitaba el canal de San Antonio diagonalmente.

A la señora Refugio Quiroz de Rodallegas, el 11 de agosto de 1887 le fue otorgado un terreno.

El 19 de mayo de 1888 el agricultor Antonio González recibe la cuarta parte de la manzana 12 deduciendo de ella un lote adjudicado al cargador Manuel Molina que mide 20 metros con 95 centímetros de frente por 11 metros y 73 centímetros de fondo; siendo la extensión del cuarto de manzana de 40 metros por lado, limitada al poniente por la calle Gómez Palacio, al sur Cerviago y al oriente y norte propiedades del señor Santiago Lavín.

Finalmente el 24 de mayo de 1889 el señor Jesús Gutiérrez pasa a ser dueño de la manzana 9, limitada al norte por la calle Cerviago, al sur por Tabernilla, al poniente Aedo y al oriente Rascón.

No solamente esos terrenos regaló don Santiago Lavín sino otros muchos que se encuentran registrados en el Archivo del Supremo Tribunal de Justicia de Durango; por ejemplo las copias expedidas por dicho Tribunal de la donación de la manzana 20 al señor Manuel Oliver efectuada el

18 de junio de 1886 con una extensión de 80 metros por cada lado, limitada al poniente por la calle Gómez Palacio, al oriente Bárcena, al norte Ceriviago y al sur Tabernilla. La donación de terrenos terminó al ocurrir la muerte del terrateniente en 1896. Luego los descendientes del señor Lavín continuaron vendiendo lotes hasta su agotamiento.

Las donaciones de terrenos y la excepción de impuestos por 10 años hizo posible el rápido desarrollo de Gómez Palacio. Ciudad floreciente a fines del siglo pasado y principios del actual. Que no fue rancho, ni villa, sino desde su fundación fue una moderna población hecha y derecha; de anchas y rectas calles algunas empedradas en el centro, con bancos, almacenes, grandes tiendas y numerosas fábricas, lo que trajo como consecuencia que sus primeros pobladores se contaran por centenares. Los peones que hicieron los desmontes, albañiles carpinteros, herreros y ayudantes que vinieron a levantar las construcciones aquí se quedaron; lo mismo que empleados de comercios y obreros de las factorías instaladas.

Luego se inició el desenvolvimiento pujante de Torreón. Hombres de más visión en los negocios: alemanes, franceses, suizos y chinos desde antes venían construyendo costosos edificios entre ellos confortables hoteles cosa que nunca hicieron los ricos españoles y mexicanos en Gómez Palacio. Las sucursales de los bancos dejaron de operar, almacenes y grandes comercios cerraron o se fueron a Torreón o a otras partes. Sin embargo las fábricas continuaron en actividad y en 1907 la Casa Redonda y terminales del ferrocarril que estaban en

Jimulco fueron cambiados a Gómez aumentando su industrialización, pero al llegar la revolución algunas factorías fueron destruidas entre ellas la fábrica de zapatos Cunard, la cerillera El Fénix y El Pinto de ladrillos refractarios; asimismo algunos comercios fueron saqueados y parcialmente incendiados. Afortunadamente las grandes industrias como la jabonera La Esperanza, la fábrica de hilados y tejidos La Amistad y la Casa Redonda de los ferrocarriles siguieron trabajando.

EL PARIAN

Don Santiago Lavín permitió a comerciantes al menudeo y vendedores ambulantes a que se establecieron en la manzana 6 entre las calles Aedo y Rascón por un lado, por el otro entre Santander y Juárez. Los comerciantes levantaron carpas y cuartos de adobe y madera, y siendo la única parte donde vendían legumbres, frutas y otros artículos que no se encontraban en los tendajones de barrios, las esposas de los primeros pobladores acudían a proveerse de lo necesario a ese lugar y que la gente llamaba parían.

En 1901, faltando poco para inaugurarse el mercado municipal, los nuevos dueños de la manzana 6 pretendieron cobrar renta a los comerciantes que ocupaban su propiedad; más bien fue de acuerdo con las autoridades para obligarlos a cambiarse al nuevo mercado. Un grupo de vendedores entre los más pobres no aceptaron por carecer de dinero suficiente para acondicionar y surtir un local, consiguiendo que el ayuntamiento les diera per-

miso provisionalmente de poner sus puestos en las aceras del último tramo de la calle Gómez Palacio que terminaba donde pasaba la vía del ferrocarril que de los patios de la estación llegaba al interior de la fábrica La Amistad. La espuela venía por donde ahora es la calle González Ortega donde ahí terminaba el caserío al norte de la ciudad. Más allá de la vía pasando los tajos se extendía el chaparral por la llanura.

El agrupamiento de puestos en el tramo de la actual calle Morelos -antes Gómez Palacio- continúa hasta la fecha y se conoce con el nombre de mercado del Parralito.

LA CAPILLA DEL PUEBLITO

Cuando vivía en la ciudad de México anduve investigando entre los ancianos del barrio del Pueblito -donde era conocido por haber crecido en el vecino de La Patria- sobre quien o quienes y cuando construyeron la capilla del Pueblito. Nadie pudo dar razón.

Luego a más de 25 años de ausencia a fines de 1982, regresé al terruño. Una mañana entré a un estancillo a calmar la sed tomando una soda refrigerada. Los dueños del negocio era un matrimonio de ancianos y como los conocía comenzamos a platicar de mejores tiempos cuando no estábamos tan viejos. Aproveché para preguntarles que sabían de la construcción de la capilla del Pueblito.

La señora Celia Carreón -mujer del matrimo-

nio de 87 años de edad dice que su abuelo Juan Antonio Carreón levantó la primera casa donde después fue el barrio del Pueblito. Era una finca sencilla de adobes construída en 1892 según oyó contar a sus padres; estaba frente donde ahora existe la capilla. La casa se levantaba solitaria en medio de la llanura y así permaneció algunos años hasta que apresurando el desmonte llegaron nuevos pobladores y fueron apareciendo más construcciones. Enseguida doña Celia relata la siguiente leyenda:

"Una noche, llegó a casa del abuelo un indio muy cansado, traía quien sabe de donde un cuadro de la Virgen de Guadalupe. Pidió un rincón para pasar la noche y don Juan Antonio con buena voluntad le brindó posada y le sirvieron frugal cena. Temprano antes de amanecer, el indio abandonó la casa sin despedirse y en el lugar donde pasó la noche dejó el cuadro. Por las tardes, más o menos a la hora que en los templos celebran el rosario, las familias de la pequeña comunidad se reunían y rezaban ante la estampa. El cuadro con la Virgen de Guadalupe fue entregado a la iglesia del mismo nombre, donde creo todavía está ahí".

Continuó diciendo la anciana que entre los vecinos surgió la idea de construir un modesto local que sirviera de capilla. El señor Lucas Ramírez regaló el terreno necesario para ello, que es el mismo donde actualmente está. Ilusionados se pusieron en actividad, cooperaron para los materiales y con sus manos levantaron un jacalón de altas paredes de adobes y techos de lámina; el local más bien parecía bodega. Ante una mesa con el cuadro

de la Virgen de Guadalupe improvisaron un sencillo altar y los vecinos devotamente asistían. Calculaban que el jacalón usado como capilla fue construido en 1896.

Los domingos y en ocasiones entre semana venía de Lerdo un sacerdote a decir misa en la entonces también capilla de Guadalupe y es posible visitara la del Pueblito. Eso fue antes de 1901, porque a partir del 21 de diciembre de ese año la capilla de Guadalupe fue parroquia separándose del curato de Lerdo de donde dependía designándose un párroco a su cuidado.

La capilla del Pueblito muchos años no tuvo sacerdote de planta y menos durante la revolución. Fue a partir de los 20' cuando el padre Casas se hizo cargo de ella, según informa la mayoría de la gente entrevistada con ese objeto.

OSCAR FRANCKE

Hugo Francke fue uno de los primeros pobladores de la ciudad; probablemente era hermano o pariente cercano de Oscar del mismo apellido, y no se sabe si éste también fue uno de los pioneros o vivía en Lerdo. Tampoco se supo donde estuvo la casa de Hugo.

Lo que sí sabe es que Oscar Francke era dueño de un almacén de abarrotes al mayoreo ubicado en calle Ampuero y era el socio principal de la Compañía Ladrillera de Gómez Palacio que estaba cerca de donde ahora se levantan las plantas eléctricas de Francke que tienen ese nombre quizá recordando el apellido de nuestro personaje.

SANTIAGO PRINCE

Santiago Prince y su hermano Cosme que por cierto era médico en sociedad con Miguel Torres establecieron la primera factoría que hubo en Gómez Palacio y que fue la fábrica de hilados y tejidos La Amistad, que con el tiempo llegó a ser una de las más importantes del país en su género. En sus mejores años llegó a ocupar cerca de 2 mil obreros en los tres turnos.

Los Prince vivían en las casas que aún existen abandonadas y con los techos cayéndose por la actual avenida Hidalgo haciendo esquina con Constitución. Es una de tantas casas antiguas que casi en ruinas se ven en la población. Anuncios en sus paredes informan que están a la venta, sin que haya alguno que se anime a comprarlas.

Frente a las mencionadas fincas ocupando casi toda la manzana permanecen más o menos en buen estado las paredes de la factoría donde estuvieron sus 450 telares; las paredes aún conservan sus ojivas y torrecillas arriba de los frisos labrados que adornan la construcción; esto y las manzanas divididas por callejones donde estaban las viviendas de los trabajadores es lo que queda de lo que fue la gran fábrica de hilados y tejidos La Amistad.

Don Santiago también fue socio de la ladrillera Gómez Palacio mejor conocida como del Pinto.

JUAN SALCEDO

Bajo de estatura, delgado, así era el español

que respondía al nombre de Juan Salcedo.

En México, el señor Salcedo con otros dos españoles uno de ellos apellidado Bermejillo formaron una sociedad mercantil para que en Gómez Palacio se dedicara a diversas actividades. La sociedad abrió un almacén al mayoreo que estuvo por la calle Ampuero, rentó y compró tierras para cultivar algodón y estableció la fábrica de cerillos El Fénix.

Don Juan vivió en un vistoso chalet de madera -donde ahora está una funeraria- construido en la esquina de Cerviago con el camino real, y que era parte de la manzana irregular que le decían La Cerillera frente al parque.

PEDRO CAMINO RUIZ

Recién llegado de España el señor Camino Ruiz estableció el hotel El Centro ubicado a media cuadra de la Plaza de Armas por la actual calle Independencia y que en aquel tiempo se llamaba avenida Hidalgo.

Más tarde, don Pedro junto con su hermano Francisco pusieron una casa comercial al mayoreo que estuvo por la Ampuero. Don Pedro también se dedicó a la agricultura donde prosperó rápidamente, adquiriendo los ranchos La Rosita, Montealegre, San Pablo y San José de Viñedo, así como era dueño en sociedad de los agostaderos de Santa Inés y Santa Librada.

Era Pedro Camino Ruiz un señor alto, delgado, usaba los bigotes como se los pintan al Quijote de

la Mancha. Vivió con su numerosa familia en una casona que aún existe, abandonada, levantada en un terreno triangular en la esquina de Aldama con la calzada Jesús Agustín Castro.

MIGUEL TORRES

Era un hombre delgado, bajo de estatura sin llegar a chaparro. Era el señor Torres de trato amable con buen sentido del humor. Llegó a la ciudad como gerente de la sucursal del Banco Minero de Chihuahua y en estas tierras se quedó. Fue un gran impulsor del desarrollo rápido de Gómez Palacio.

Don Miguel fue socio de la fábrica de hilados y tejidos La Amistad y de las empresas de tranvías; primero de los movidos por mulitas y después de los eléctricos. Aparte instaló en extramuros de la población un despepito y una guayulera. En sus últimos años se dedicó a la agricultura.

La familia Torres vivió en una casa que todavía existe en una de las esquinas de Constitución y Allende. Es una finca de adobes con paredes exteriores de ladrillos rojos; está casi en ruinas, desocupada y un anuncio la pone en venta. El matrimonio tuvo varios hijos y los más conocidos fueron Froilán Torres que era una persona culta educada en París y la hermosa señorita Elvira Torres que fue reina de la primera feria del algodón de la Comarca Lagunera, celebrada en 1925.

MAXIMO ALVAREZ

De origen español don Máximo Alvarez fue

una persona importante de antaño. A fines de 1901 en sociedad con Joaquín Barquín compró el hotel y teatro Unión, y fue entonces cuando en el sencillo centro de espectáculos se vieron las grandes compañías de teatro mexicanas y españolas.

Fue el señor Alvarez un hombre culto, educado, en contraste con sus paisanos la mayoría ignorantes y mal hablados, pero buenos para labrar la tierra, explotar peones y por ende acumular riquezas. Durante la guerra civil en España fue cónsul de la República Española en la Comarca Lagunera, a la vez que mantenía gran amistad con Pancho Villa. Vivió en una que fue hermosa residencia frente a la plaza por la Independencia.

LAS CASAS ANTIGUAS

Numerosas casas se construyeron en Gómez Palacio a fines del siglo pasado y principios del presente siguiendo el diseño de una original arquitectura según opinan personas conocedoras en la materia. No fueron mansiones suntuosas propias del porfiriato con fachadas de cantera y costosos mármoles. Son fincas -las que aún existen- construídas con adobes, de paredes exteriores, algunas revestidas con ladrillos refractarios rojos y blancos, probablemente fabricados en la ladrillera del Pinto cuyas altas chimeneas se divisaban claramente desde el barrio de Santa Rosa.

Esas casas las construyeron prósperos agricultores, industriales y comerciantes tanto mexicanos como españoles y marcan el paso histórico de una época determinada en el desarrollo de Gómez Pa-

lacio. Fueron residencias con todas las comodidades usuales en aquellos años, donde vivieron los primeros pobladores de la joven ciudad. Hombres recios que vinieron a desafiar al desierto, logrando con la despiadada explotación del trabajo de los pobres acumular pequeñas, medianas y grandes fortunas, permitiéndoles vivir sin apuros. Llegaron a ser ricos en su tiempo y sin embargo sus viviendas no eran ostentosas. El acaudalado terrateniente Santiago Lavín vivía en una casa común y corriente construida con ladrillos rojos donde ahora está la presidencia municipal por la calle Independencia.

Las habitaciones de esas casas -las que aún se conservan- son amplias y de techos altos, tuvieron la mayoría pisos de duelas de madera; sus ventanas que dan a la calle son altas protegidas con rejas de hierro que llamaban volados y se levantan a pocos centímetros del suelo. Marcos de puertas y ventanas son de cantera y del mismo material: columnas, cornizas, remates y adornos.

En los interiores, las habitaciones están alrededor de patios y abren sus puertas a corredores que antes tenían macetas con plantas y jaulas con pájaros inquietos. Tejabanes de madera protegían a los corredores de la lluvia y el sol, y los patios unos tenían pisos de mosaicos, otros eran jardines y casi en todas había en el centro una pequeña fuente de cantera labrada, que arrojaba agua en la pileta que la circundaba.

Las casas tenían traspatios donde guardaban los lujosos carruajes y confortables caballerizas para los animales que tiraban de los mismos, y se

abrían portones a la calle para su paso. En algunas había sótanos con anaqueles donde acostaban las negras botellas de los vinos importados, y también servían de bodegas o despensas para almacenar viveres. Algunas personas han soltado el cuento que varias fincas tenían túneles que iban a dar al templo de Guadalupe; es posible que de pasada hayan visto los sótanos y pensaron que eran túneles que se prolongaban.

El doctor Carlos González Puentes que tiene conocimientos de arquitectura por haber sido estudiante de esa carrera, explica que las casas de Gómez se edificaron bajo la influencia francesa que estuvo en boga por aquellos años, y que se caracteriza por complementos de cantera que adornan las fachadas, así como tener balcones en las ventanas.

Las ventanas de los pisos superiores de las fincas de dos plantas que se levantaron en aquella época, tenían balcones con artísticos barandales de hierro como el teatro Unión, el Mesón de San Pablo que actualmente ocupa la CNC, la casa señorial que fue de don Silvestre Faya por la Morelos y las casas de cantera por la avenida Hidalgo y la Urrea. Frente a la Plaza de Armas el Club Lagunero y la casa de don Máximo Álvarez a pesar de que eran de solo un piso sus ventanas lucían balcones con barandales de singular belleza. De esas antiguas construcciones el teatro Unión fue criminalmente demolido sin que nadie protestara y donde estuvo es un terreno baldío; el Club Lagunero que ya no funciona como tal fue derruido y en su lugar el Gobierno del Estado de Durango levantó un edi-

ficio para sus oficinas en la ciudad. La bonita casa de don Máximo, echaron a perder su frente con modificaciones sin ton ni son.

LAS CASAS DE LAS BANQUETAS ALTAS

Con este nombre eran conocidas hace muchos años las fincas que aún existen en dos de las esquinas de Allende con Santiago Lavín que fueron propiedad de los comerciantes españoles Ulpiano y Antonio Ruiz Lavín. Son conjuntos de varias viviendas, con paredes exteriores revestidas de ladrillos rojos, partes y adornos de cantera labrada, ventanas con volados, etc., tal como entonces eran las casas de las personas que contaban con recursos económicos.

“Las casas de las banquetas altas” están donde comienza el descanso al norte de la parte baja de la ciudad. Las banquetas de dichas fincas conservan el nivel de las aceras de la calle Allende y en las esquinas con la Santiago Lavín tienen escalones que permiten a los transeúntes subir o bajar.

Yo pensaba que las banquetas altas de esas casas se construyeron así para continuar con el mismo nivel de las otras, pero un antiguo trabajador de la Casa Redonda apellidado Lastra asegura que las banquetas se pusieron altas para proteger a las viviendas de probables inundaciones porque cuando llovía el agua bajaba en forma de torrente del centro de la ciudad precisamente por la calle Allende, y añade el ferroviario que era tanta el agua que hacía olas. En una de las esquinas de las

calles Santiago Lavín y Madero estaba una cantina que el dueño le puso el nombre de Las Olas Altas debido a ello.

Recuerdo el empedrado de las calles con piedras lisas, ovaladas, que llamaban piedras bola, pacientemente pegadas una con otra, y a los lados en la orilla de las banquetas las angostas atarjeas por donde corría el agua de las lluvias a las partes bajas tanto al norte como al sur de la población por lo que es de suponer que el antiguo Gómez se asienta en una larga loma. El empedrado que solo lo tuvieron unas cuantas calles importantes se veía bien colocado y el rápido desalojo de las aguas al terminar de llover dejaba las piedras brillantes recién lavadas y sin ningún charco. También el mercado Baca Ortiz, las casas de renta de don José María González que las tenía por distintos rumbos y muchas fincas de otras personas sus banquetas eran altas y con escalones algunas de ellas. Siguiendo con el parecer del señor Lastra esas banquetas se justificarían en la zona empedrada, pero buen número estaban en calles de tierra suelta; en estas calles al llover mucho se formaban grandes charcas y no teniendo salida el agua estancada, al seguir lloviendo había el peligro de que se inundaran las casas, como llegó a suceder. Además cada año el río se desbordaba amenazando inundar la ciudad. Posiblemente debido a ello los vecinos construyeron tantas banquetas altas al frente de sus propiedades.

En las casas de las banquetas altas mencionadas al principio de este relato, han vivido personas importantes en la cultura. En una de ellas vivió has

ta hace poco tiempo la maestra de piano Julia Martínez que impartió clases a varias generaciones de alumnos, entre los que inició algunos han llegado a ser grandes pianistas.

Hace muchos años vivió en una de esas casas, el gran músico duranguense y director de orfeones el maestro Hilario Zurita que dió clases de piano a la entonces jovencita Julia Martínez. Los malpensados contaban que don Hilario siempre lucía una fragante flor en la solapa del saco y por medio de un tubito de hule absorbía cognac de una ánfora que traía escondida en una bolsa interior de su chaqueta. Al hacerlo simulaba oler el perfume de la flor.

Tiempo más tarde, otra inquilina notable ocupó una de las casas de las banquetas altas que fue la hermosa Nellie Campobello; poetisa, cuentista y notable bailarina, llegando a ser directora de la Escuela Nacional de Danza en Bellas Artes. Algún tiempo vivió la poetisa de Villa Ocampo en Gómez Palacio. Los viejos la recordamos radiante de belleza haciendo compras en el almacén de ultramarinos de Sordo y Cia., en contraesquina de la Plaza de Armas donde hasta hace poco estuvo El Emporio.

Lástima que el frente de una de estas interesantes casas que está por la calle Santiago Lavín, su nuevo propietario lo modificó rompiendo la armonía del conjunto. Ojalá las autoridades no permitan estos desaciertos y bueno fuera que los cometidos se corrigieran. Quedan ya tan pocas fincas representativas del Gómez antiguo.

LAS CASAS DE LOS FRANCO

Don Pedro Franco Ugarte y algunos de sus familiares vivieron en una serie de casas que ocupan una media manzana y que en aquel tiempo se consideraban bonitas. Sus fachadas son paredes de adobe revestidas con ladrillos rojos y piedras labradas forman marcos, columnas, cornizas, etc. La media manzana se ubica por la Zaragoza entre Mina y Bravo. Tiene cuatro viviendas que abren sus puertas por la primera de esas calles y tres por la Mina. Un portón en cada una de las calles permitía el paso de carruajes y caballos de las familias Franco a los traspatios.

Don Pedro era un agricultor que cultivaba las tierras de su empresa agrícola El Porvenir y Anexas. Era de mediana estatura, de complexión regular; los domingos en el verano usaba trajes de telas ligeras como el lino y protegía su cabeza con fino panamá. Encabezó al grupo de agricultores que se separaron del Club Lagunero y que fundaron el Casino Gómez Palacio por la Centenario frente a la plaza, donde más tarde tuvo su restaurante José Lee. La escisión se debió a que los ricos industriales y comerciantes presumiendo de aristócratas miraban con desdén a los rancheros que a veces llenaban al club con sus ropas cubiertas de polvo, los zapatos con lodo y el cuerpo sudoroso.

El matrimonio Franco Ugarte tuvo cuatro hijos: Carlos, Pedro, Ernesto y Alfonso. Los cuatro altos y corpulentos; educados en Estados Unidos fueron magníficos jugadores de beisbol. Al ir re-

gresando los jóvenes Franco de sus estudios se fueron incorporando a la novena La Esperanza sostenida por la jabonera y que indudablemente ha sido el mejor equipo de aficionados de todos los tiempos en la Comarca Lagunera.

LA CASA DE DON LUIS REYES SPINDOLA

En una de las esquinas de Independencia con Mina se levanta una finca de ladrillos blancos donde por muchos años estuvo la Academia Comercial Pittman que fundara la maestra María Medina. Actualmente está una panadería y al modificar la singular fachada para hacer lugar a los aparadores la echaron a perder.

La mencionada casa fue construída por don Juan Olázabal donde vivió algún tiempo; más tarde fue ocupada por don Joaquín Negrete y finalmente el agricultor Luis Reyes Spíndola la habitó hasta su fallecimiento.

Es posible que don Luis Reyes Spíndola haya sido hijo o pariente cercano del señor de mismo nombre y apellido que durante muchos fue director del periódico El Imparcial editado en la ciudad de México. Fue un periódico reaccionario partidario del gobierno del dictador Porfirio Díaz y por consiguiente enemigo de la revolución.

Don Luis fue un personaje de porte aristocrático que abundaban en aquella época metido a rancharo en el desierto. Era su esposa la señora Guadalupe Lebrija mujer de singular belleza. Amante de la equitación, el señor Reyes Spíndola habi-

tualmente usaba pantalón de montar, botas o tubos de vaqueta protegían sus piernas, tejabo de anchas alas y fuste o cuarta en la mano; fumaba cigarrillos aromáticos en largas boquillas ambarinas y gruesa esclava de oro aprisionaba una de sus muñecas. Era muy aficionado a la jugada, en las ruletas que se instalaban en un costado de la Plaza de Armas frente al Club Lagunero apostaba a sus números favoritos gruesas sumas de dinero.

En un terreno cercano al tajo de San Antonio donde ahora está el hospital municipal rodeado de árboles y huertas, don Luis mandó construir una casa de campo o quinta como las llamaban entonces, terminada totalmente de madera por Manuel Horta carpintero de la Casa Redonda, que también construyó cobertizos para sus caballos.

San Ignacio y Las Luisas eran los ranchos en los que don Luis Reyes Spíndola cultivaba exclusivamente alfalfa donde lograba levantar grandes cosechas de ese alimento básico para el ganado.

CASA DE DON SILVESTRE FAYA

Quizá la residencia más costosa y desde luego la más bonita que se construyó en los años de esplendor de Gómez Palacio fue la casa del agricultor español Silvestre Faya que todavía se levanta con donaire por la calle Morelos entre Ocampo y Zaragoza. Es un bello edificio construido con adobes y paredes exteriores de ladrillos rojos, columnas, marcos de puertas y ventanas, cornizas y de-

más adornos labrados en cantera por hábiles artesanos. Doce ventanas inundan de luz y ventilan las amplias habitaciones del edificio que es de dos pisos. Las ventanas de la planta superior tienen balcones y todas están protegidas por artísticos barandales de hierro forjado y trazos arabescos.

Arriba del edificio, en la parte central de la corniza destacan entrelazadas en una placa las iniciales de su nombre del que fue su propietario: una S con una F. A la derecha, en lo alto arriba del portón se ve grabado 1912 año probable en que terminaron de construir la hermosa residencia.

Era el señor Faya un recio labrador español que trabajaba las tierras de su rancho Cuba situado al oriente de la ciudad. Don Silvestre fue una de las primeras personas en Gómez que tuvieron automóvil. Los viejos vecinos recordaban el auto del señor Faya, de grandes muelles y sólida carrocería que iba dando tumbos por la carretera polvorienta para llevar al propietario a supervisar las labores de su rancho.

Años más tarde, cuando don Silvestre había fallecido y sus hijos se fueron a vivir a Torreón por mucho tiempo, en el patio de la casa señorial el vetusto Buick se veía cubierto por una manta, y fue entonces cuando corrió el rumor que el señor Faya en algunas noches se aparecía; más de una persona aseguraba que lo había visto parado a un lado de su automóvil especialmente en las noches de luna llena.

LA CASA DEL DR. VIESCA LOBATON

Anda por ahí el cuento entre algunos vecinos de Gómez Palacio tanto entre viejos como jóvenes, que cuando llueve torrencialmente y el agua empapa las paredes de cierta casa aparecen claramente las letras del siguiente anuncio.

Doctor - E. Viesca Lobatón.
Consultas con medicinas - 25 centavos.
Miércoles - Gratis.

Al dejar de llover y secarse las paredes, el letrero desaparece ignorándose que reacciones químicas provoca el anuncio al empaparse

La finca en cuestión está por la Victoria entre las calles Independencia y Santiago Lavín. Es una antigua construcción de paredes exteriores cubierta por ladrillos rojos. A pesar del tiempo transcurrido la fachada se conserva en buen estado. Un portón deja entrar al interior, y a cada lado tiene ventanas altas con volados de hierro. En la parte central del edificio arriba del portón, la pared termina en un triángulo donde destaca labrada en cantera la fecha 1900.

No se sabe si el doctor Enrique Viesca Lobatón era propietario de la finca o pagaba renta, lo cierto es que allí vivió muchos años. Los ancianos recordaban al doctor como una persona que siempre andaba bien vestido: traje negro, bombín, bastón, etc. Lo veían pasear frente a la casa de ladrillos rojos en las noches calurosas del cálido verano lagunero.

Años más tarde, cuando el doctor Viesca Lobatón ya no vivía ahí porque posiblemente hubiera cambiado de residencia a otra ciudad o ya había fallecido, algunas mujeres que vivían en el barrio juraban que en altas horas de la noche habían visto pasear frente a la casa de la calle Victoria a un curro y que según todas las apariencias era el doctor Viesca Lobatón.

Antiguamente en los pequeños pueblos de provincia la gente inventaba cuentos o leyendas sobre apariciones de fantasmas en determinadas casas que llamaban embrujadas o encantadas; la casa de ladrillos rojos de la Victoria fue una de ellas. Aparte de las apariciones del doctor, contaban que por las noches se escuchaba como si alguien arrastrara cadenas o cerrara violentamente las puertas y que esos ruidos nocturnos eran provocados por el alma de un fulano que en vida, en tiempos de la revolución arrojó al fondo de la noria que estaba en el centro del patio un cofre repleto de joyas y monedas de oro y que inútilmente trataba de rescatarlos. Ambiciosos buceadores se zambulleron una y otra vez en las cristalinas aguas del pozo en busca del tesoro que nunca encontraron.

La gente del pueblo especialmente los humildes, hablaban de la bondad del doctor Enrique Viesca Lobatón que en el desempeño de su profesión no lo dominaba el afán de lucro, antes al contrario, puso sus conocimientos al servicio de los necesitados de los pobres. En 1901 los médicos residentes en la ciudad organizaron un pequeño hospital de primeras curaciones para atender a los revolucionarios heridos que llegaban del frente de batalla

por la toma de Torreón ese mismo año. Don Enrique Viesca Lobatón fue uno de esos doctores.

Años más tarde, en la casa "1900" sirvió como hospital cuando por un descuido del vigilante encargado del crucero de las vías del ferrocarril con el tranvía, un tren chocó con un convoy eléctrico. Parece que el accidente ocurrió a principios de los años veinte. Algunos pasajeros resultaron muertos y hubo bastantes heridos que fueron atendidos en la mencionada casa por su amplitud. Después por algún tiempo siguió funcionando como hospital municipal. Algunas personas creían que el doctor Viesca Lobatón cuando el accidente todavía vivía ahí y que tuvo que ver con la labor humanitaria de dicho hospital; no se ha comprobado debidamente.

LAS CASAS DE CANTERA DE LA URREA

En aquellos tiempos la población al sur terminaba en la actual calle Mártires. Sin embargo ya habían aparecido más allá algunas fincas y como avanzada del crecimiento de Gómez Palacio se levantaban solitarias donde actualmente es la calle Urrea haciendo esquina con la Hidalgo dos casas llamados chalets; había otro chalet que se quedó a medio construir por la misma calle Urrea esquina con Allende. Las dos primeras casas mencionadas aún existen, son de cantera y constan de dos plantas.

Posiblemente estas fincas fueron rifadas por la Compañía Constructora de Fincas de Lerdo y Gómez Palacio que celebraba sorteos y el premio era una

casa como la mencionada ya que en los boletos de la rifa aparecía diseñada. Los boletos costaban 2 pesos cada uno y jugaban en el sorteo 8 mil y posiblemente se rifaron y construyeron en 1906. Decían que había venido un ingeniero alemán desde Durango a construirlas y que desde allá mismo trajeron la cantera y los artesanos que la trabajaron. Los que saben de estas cosas afirman que el estilo arquitectónico de esos chalets es antiguo inglés.

La casa de cantera situada a mano derecha tiene la entrada por la avenida Hidalgo y se levanta en medio de un terreno que fue jardín donde crece la maleza en el abandono, protegido por una balaustrada que como el resto del edificio muestra los estragos del tiempo y el descuido de quienes lo habitan o de los propietarios. La finca es de construcción sencilla con paredes exteriores de cantera y ventanas al frente en los dos pisos y en la parte de atrás tanto arriba como abajo arcadas sostenidas por columnas que dan originalidad. Los pisos de las habitaciones son de mosaicos sin saberse si antes eran de machimbre, como era la costumbre. Convenientemente restaurada esa casa ha de llamar la atención por su sencillo y original terminado. Hace años ahí estuvo por algún tiempo el pequeño hospital municipal con el nombre de Dr. Venzor.

Por la calle Urrea está la puerta que permite el paso al otro chalet de cantera. Es una hermosa construcción bien cuidada por sus actuales dueños, con saliente frontal que le dá la apariencia de pórtico. El edificio tiene ventanas por sus cuatro costados y la del frente en la parte alta con balcones. Muchos años vivió ahí don Carlos V. Avila. Actual-

mente es una acogedora vivienda con pisos de madera en la planta alta, y es una muestra del buen gusto de los constructores de antaño.

En la misma calle Urrea haciendo esquina con Allende se vieron mucho tiempo las paredes de una casa que no se terminó de construir. Las paredes inconclusas eran de cantera y más tarde las piedras fueron desprendidas por el último dueño y numerándolas vendió una parte y la otra la conserva; en su lugar levantó un jacalón con armazón metálica y que sirve como taller mecánico. Máximo Rivas es el dueño del taller y dice que era un chamaquito cuando su padre adquirió la propiedad. Recuerda que eran paredes a medio construir y enseguida dibuja como era la fachada; en el centro tenía un ventanal ovalado con balcones bellamente labrados y a cada lado entradas con escalones. Sigue Rivas platicando que algunos ancianos le han dicho que en tiempos de la revolución ahí en ese lugar algunos chinos de la hortaliza cercana se ocultaron; llegaron los villistas y ahí mismo los fusilaron. Otra persona también asegura que existe un túnel que une las tres casa de cantera por la Urrea.

LAS CASAS DE LOS PORTALES

El señor Pedro de Heras que era el contador de la compañía de luz y tranvías vivía en una de las dos casas que estaban frente donde ahora está la empresa municipal de agua y alcantarillado. Las fincas fueron construídas con ladrillos rojos y tenían a la calle un ancho corredor protegido por arcadas

por lo que eran conocidas como las casas de Los Portales.

Años más tarde, a principios de los 20' durante la evolución educativa implantada por Vasconcelos, en las originales casas estuvo el Centro de Enseñanza Superior para maestros es decir una Escuela Normal y a fines de la década de los 30' instalaron la Escuela Central Superior que después al impartir clases de secundaria recibió el nombre de Escuela Prevocacional 18 de Marzo.

Luego los alumnos de la Prevocacional entrevistaron al general Lázaro Cárdenas pidiéndole la construcción de una verdadera escuela de enseñanza media y el gran presidente entregó al pueblo de Gómez Palacio el Instituto 18 de Marzo que se levantó en lo que fue un llano frente al parque Morelos.

Las casas de Los Portales desaparecieron al instalarse una fábrica de cinchos y hebillas que ocupó también la extensa área donde estuvo la Compañía Algodonera de la Laguna. La factoría posteriormente se cambió a la zona industrial.

OTRAS FINCAS

Las casas que fueron del señor Juan Balderrama se ubican en una esquina de la calle Morelos con Degollado. Son cuatro y dan la apariencia de estar sólidamente construídas. Sus paredes exteriores son de ladrillos rojos y columnas, marcos de puertas y ventanas, cornizas y adornos están terminados con ladrillos blancos. Un remate de cantera

artísticamente labrado con la inscripción 1911 recuerda probablemente el año que fue edificada. Desgraciadamente el frente de una de las casas ha sido modificado pretendiendo ser modernista haciendo desmerecer la perspectiva del conjunto.

El almacén de abarrotes al mayoreo de don Librado Martínez fue sin duda, el edificio comercial más funcional que se construyó en aquella inolvidable época. Fue una bonita construcción, cubiertas las paredes de su fachada con bellos ladrillos blancos. En la actualidad el edificio lo ocupa la maderería del señor José Rebollo y se localiza en una de las esquinas de las calles Escobedo y Morelos. Antes, al establecerse un banco quitaron lo ladrillos blancos y modificaron los ventanales.

Aparte de las casas mencionadas, recorriendo las calles encuentra sitios donde antes existieron casas interesantes.

Frente a la Plaza de Armas por la Independencia estaban las hermosas residencias donde vivieron los hermanos Ruiz: Manuel, Víctor, Dámaso y Daniel, que eran comerciantes y banqueros españoles. Más tarde, en una de ellas vivió don Máximo Alvarez y que de su original fachada solo queda una puerta y a cada lado un angosto y alargado ventanillo con restos de balaustrada de cantera. Lo demás las modificaciones la echaron a perder.

Donde actualmente se levanta el cine Continental, en una de las esquinas de Santiago Lavín con Morelos estuvo la casa de ladrillos blancos que fue del señor Carlos V. Avila.

Frente a la antes arbolada Plaza de Armas en una de las esquinas de la avenida Hidalgo con la

calle Centenario construyeron una serie de casas de ladrillos rojos que ocupaba más o menos una cuarta parte de la manzana. En la más grande de ellas estuvo por muchos años la oficina de correos que abarcaba precisamente desde donde ahora está el cine Palacio hasta la esquina.

Otra casa de ladrillos blancos fue donde vivió don Antonio Montemayor en una de las esquinas de la avenida Hidalgo con Ocampo, donde mucho tiempo después levantaron el edificio de la actual Ferretería Montemayor.

De las quintas o casas de campo que existieron en medio de árboles y sementeras solo queda la que fue de Ricardo Paparelli ubicada frente a las instalaciones del Instituto Francés de la Laguna. Restaurada la quinta que fue construída en gran parte con madera, luce ahora espléndida. Un tiempo sirvió de albergue a los maestros que prestan sus servicios en el Francés.

Ojalá ya no sigan destruyendo las casas antiguas del Gómez Palacio de antaño.

EL GRAN TEATRO UNION

Hace muchos años nos gustaba escuchar las animadas conversaciones que los ancianos sostenían por las noches en sus lugares favoritos de reunión ya fuera en la botica o en la barbería del barrio. Hablaban y suspiraban por los tiempos pasados de don Porfirio. Al oír sus pláticas, imaginábamos como era Gómez a fines del siglo pasado y en los primeros años del presente cuando fue la ciudad

más importante de la región. De esas pláticas recordamos lo que decían del teatro Unión.

Lo llamaban el gran teatro Unión y con entusiasmo decían que era muy bonito; hablaban de sus plateas con cortinajes de terciopelo rojo, las arañas eléctricas pendientes del techo y el lunetario en el piso de brillante machimbre que por medio de un mecanismo se convertía en espectacular sala de baile. En realidad era un modesto edificio de adobes con dos plantas que no se comparaba con ninguno de los fastuosos teatros levantados en la era porfiriana en varias capitales de los estados más importantes. En una pequeña población de provincia recién fundada, la presentación de famosos cantantes y de las compañías de teatro que recorrían el país era todo un acontecimiento. Durante la temporada de funciones la burguesía se vestía de gala; había que ver los lujosos carruajes de briosos caballos rodando por el empedrado de la calle Cerviago y detenerse frente al teatro intensamente iluminado por innumerables farolas, y luego el descenso de hermosas mujeres elegantemente vestidas y señores de traje negro y bastón.

De aquel bonito teatro que nuestros padres conocieron al que muchos de nosotros alcanzamos a conocer más tarde, había mucha diferencia. Siete o más años de revolución que el teatro estuvo abandonado suficientes para que se deteriorara, por la falta de mantenimiento se hizo sucio plagado de ratas que se multiplicaron bajo la oquedad del piso de madera.

En 1916 o 1917 llegó el cine mudo. Los viejos teatros rápidamente se acondicionaron para salas

de cinematógrafo. En el Unión quitaron las plateas del segundo balcón y colocaron gradas de madera para que cupiera más gente, y comenzaron a exhibirse las primeras películas que eran silenciosas, faltaba mucho tiempo para que llegaran las habladas.

ESPLENDOR Y DECADENCIA

Como ya se ha dicho a partir de 1885 se inició el desarrollo de Gómez cuando comenzó a poblarse rápidamente aprovechando el regalo de terrenos por su propietario a los que desearan, quienes comenzaron a construir sus casas. También fueron apareciendo las primeras industrias, comercios, bancos, etc.

Así fue como en 1887 la fábrica de hilados y tejidos La Amistad echó a andar los complicados telares iniciándose la producción de las primeras piezas de manta. Ante la falta de viviendas de renta, la compañía se vió en la necesidad de construir casas para sus trabajadores.

En 1890 la poderosa empresa fabricante de jabones y aceites La Esperanza inició sus labores, y así como La Amistad la jabonera tuvo que edificar casas para los obreros y confortables chalets para los empleados de categoría.

En 1893 se inició la construcción de un jacalón con paredes de adobes que llamaban capilla y que más tarde fue el templo de Guadalupe.

En 1896 se estableció la primera escuela que hubo en Gómez; era exclusivamente para niñas y

la directora fue la maestra Paula Ríos. Estaba por la calle Bárcena frente donde ahora se levanta el templo de Guadalupe. Desde antes existían las pequeñas escuelitas particulares donde enseñaban el silabario.

En 1898 el molino de harinas El Brillante empezó a elaborar los productos derivados del trigo.

En diciembre de 1898, la pequeña planta de luz instalada provisionalmente en los sótanos del molino El Brillante comenzó a proporcionar corriente para el alumbrado público de las calles y casi al mismo tiempo comenzaron a circular los tranvías de mulitas de Lerdo a Torreón pasando por Gómez Palacio. Estas empresas se formaron a iniciativa del señor Juan Brittingham.

En 1900 se encendieron los hornos de la Compañía Ladrillera de Gómez Palacio mejor conocida como del Pinto cercana al rancho del mismo nombre y que fabricaba ladrillos y locetas refractarias de gran calidad; más allá de Santa Rosa se ubicaba la ladrillera.

El 22 de noviembre de 1900, en gran función de gala se inauguraba el teatro Unión que fue el escenario donde se presentaron cantantes de fama internacional, así como las grandes compañías de teatro mexicanas y españolas de la época.

En 1901 los tranvías de mulitas fueron retirados del servicio, porque en ese mismo año los tranvías eléctricos comenzaron a funcionar uniendo a las tres ciudades hermanas: Lerdo, Gómez Palacio y Torreón para beneficio de sus habitantes,

En 1901 la fábrica de calzado La Unión -que después fue adquirida por la compañía americana Cunard- fabricaba los primeros pares de zapatos.

El mercado municipal Baca Ortiz en 1901 abría sus puertas a las amas de casa de la pequeña población.

En 1904 en la falda de la sierra del Sarnoso se instala una fábrica de explosivos y dinamita y por tal motivo cerca de las plantas industriales se forma un pequeño poblado con el nombre de Dinamita.

No se sabe exactamente en que año se establecieron; la fábrica de hilados y tejidos La Victoria que más tarde fue la Industrial del Nazas y la fábrica de cerillos El Fénix. Ya en 1904 estaban en actividad.

Finalmente en 1907 la compañía del Ferrocarril Central Mexicano desmanteló la Casa Redonda que tenía en Jimulco y la instaló en Gómez Palacio.

Existían pequeñas factorías que fabricaban velas, galletas y pastas alimenticias, vinos, cigarros y chocolates; curtidurías de pieles que fabricaban correas y suelas de vaqueta para los huaraches de los campesinos; jarcierías que hacían costales, sacas, arpilleras, otros artículos de ixtle y una hasta huaripas; plantas procesadora de guayule que lo convertían en hule y despepites que beneficiaban el algodón. No faltaban pequeñas fundiciones y talleres de diversa índole.

Por la calle Ampuero se establecieron grandes almacenes de abarrotes al mayoreo. Destacaban importantes tiendas de ropa, calzado y novedades de españoles por Aedo y Rascón; así como ferrete-

rías de los alemanes; mercerías, boticas, tiendas de abarrotes, etc. Bancos y más comercios por la avenida Hidalgo que ahora es la Independencia.

Luego como ya se ha explicado anteriormente vino la decadencia de Gómez Palacio ante el florecimiento de Torreón.

El crecimiento de Gómez se estancó por muchos años. Todavía a finales de los 20' se veían terrenos sin fincar en el centro. Era una pequeña población que por el sur llegaba el caserío hasta la calle Mártires, al norte por González Ortega, al poniente limitada por el camino real a Lerdo y al oriente por las vías del ferrocarril donde al otro lado se extendía el pequeño barrio de Santa Rosa. Fuera de los límites señalados se levantaban una que otra finca.

Gómez Palacio siempre ha sido un lugar donde han abundado las industrias, esto viene desde su fundación. En la actualidad ha vuelto a retomar su importancia industrial.

LOS PANTEONES DE LA REVOLUCION

Casi al final del cerro de La Pila luego de atravesar establos y nogaleras se encuentran los cementerios de la ciudad, que son el antiguo municipal y el de Guadalupe que al vencer la concesión otorgada a unos particulares pasó a ser propiedad de la población. Siendo aquí uno de los pocos lugares donde se inició la revolución de 1910, es natural que en sus panteones estén enterrados los restos de algunos de los revolucionarios que se levantan

taron en armas la noche del 20 de noviembre del año mencionado e igualmente se encuentran sepultados algunos cuerpos de los conspiradores que se reunían para preparar la rebelión y que por alguna circunstancia no tomaron las armas; así mismo descansan en paz en esos panteones los hombres que a partir de 1913 se dieron de alta en las fuerzas de Francisco Villa y que perdieron la vida en los combates del cerro de La Pila y al enterarse sus familiares tuvieron tiempo de enterrarlos.

A escasos 20 o 25 metros de la entrada del viejo cementerio municipal, caminando a la izquierda unos cuantos metros se localizan varias tumbas protegidas por un barandal de hierro a su alrededor. 5 o 6 cruces de madera pintadas de azul señalan que ahí están sepultados los restos de don Dionisio Reyes -el encausador del levantamiento regional de 1910- y sus hijos Ignacio, María, Elías y otros de sus descendientes. En un pedazo de tabla aparece grabado el nombre del precursor con la fecha de su fallecimiento a los 67 años de edad.

Por la misma entrada, a mano derecha, más o menos a la distancia de la tumba humilde del señor Reyes, está el monumento que los hijos del general Juan Pablo Estrada levantaron en su memoria. Fue el mencionado conspirador maderista desde antes del levantamiento. La revolución lo sorprendió en el poblado de Nieves estado de Zacatecas donde se levantó en armas al frente de un grupo de sus paisanos días después del 20 de noviembre. Más tarde, el señor Estrada y sus hombres se unieron a los guerrilleros maderistas que al mando de Jesús Agustín Castro se apoderaron de To-

rrerón en 1911.

Cerca del sepulcro de don Juan Pablo hacia el norte sobresale el solemne monumento de granito del general Jesús Agustín Castro comandante del grupo de rebeldes que de las ruinas de la antigua hacienda de Santa Rosa, salieron a combatir al gobierno porfirista la noche del 20 de noviembre de 1910.

La tumba que guardaba los restos del tenedor de libros Ezequiel Guillén desapareció en un reacomodo de derechos a terrenos a perpetuidad en el antiguo camposanto, según cuenta su hija la señora Amparo Guillén. Don Ezequiel fue un hombre importante en los preparativos del pronunciamiento y fue el primer pagador que tuvo la brigada del general campesino Calixto Contreras.

Al norte del mismo viejo cementerio, al pie de las ruinas de adobes de la que fue barda que lo circundaba, una lápida deteriorada y semienterrada en una sepultura olvidada hacía saber a los visitantes casuales que ahí descansaban en paz los restos del que se decía general Jesús Flores. Dicho señor era un albañil que tomó las armas en 1910 y ordenaba a sus hombres lo llamaran general sin serlo; perdió la vida durante los combates por la toma de Torreón en 1911, precisamente en la ribera del río Nazas.

Un monumento construido con ladrillos en forma burda que a simple vista parece un horno, en su parte superior ligeramente curvada luce una placa de cantera recordando que allí yacen los cuerpos de los revolucionarios de 1910, los hermanos José y Cosme Villa que murieron el 26 de

enero de 1914 luchando por sus ideales.

En el panteón de Guadalupe se localiza el sencillo monumento donde reposan los restos de Lázaro Chacón que formaba parte del pequeño grupo de hombres que al mando de Jesús Agustín Castro empuñaron las armas la noche del levantamiento. Don Lázaro murió hace años en Ciudad Juárez y por gestiones del profesor José Santos Valdés ante las autoridades, el cuerpo del revolucionario fue exhumado y sepultado con honores en el lugar que le corresponde, en la tierra que lo vio nacer.

En algunas partes de los cementerios permanecen restos de revolucionarios de 1910, ya fueran combatientes o conspiradores. Entre los primeros es de pensarse que están sepultados Vicente Gutiérrez, Miguel Hidrogo, Juan Esquivel, Ventura Olvera y no sabe cuantos más; de entre los segundos se ignora quienes estén, únicamente sabemos del señor Antonio Correa. Ahí también es posible hayan sido enterrados Juan Guzmán y Juan Aguirre ahorcados por los federales la mañana del 21 de noviembre de 1910 acusados de pertenecer al grupo de los conjurados.

También existen tumbas de revolucionarios que se levantaron en armas a partir de 1913; de ellos hemos localizado a los siguientes:

Bajo un sencillo monumento de ladrillos rematado por una cruz de cantera descansa en paz el general ferrocarrilero Antonio Orozco jefe de uno de los regimientos de la brigada Zaragoza de la División del Norte. A los 25 años, Orozco el antiguo mayordomo de patio era uno de los generales más jóvenes de los ejércitos de Pancho Villa.

El mayor Pablo Armenda murió el 1 de abril de 1914 en los combates del cerro de La Pila. El mayor villista pertenecía a la gente del general José Trinidad Rodríguez y por órdenes de dicho jefe levantaron en su memoria un pequeño monumento de cantera bellamente labrado con una cabeza de Jesucristo adornando la parte más alta.

En la lápida de un monumento de granito está escrito literalmente lo que sigue: "Teniente coronel José Méndez Castro del Ejército Constitucionalista, Firmante del Plan de Guadalupe. Nació en San Pedro de las colonias en 1892. Murió en Gómez Palacio a la edad de 76 años".

El capitán primero de caballería Fidel Rubio por espacio de 4 años perteneció a las tropas de los generales Jesús Agustín Castro y Blas Corral, combatiendo a los enemigos por distintas partes del país.

Fue un hombre de todas las confianzas de Francisco Villa conocido como "el último villista" porque fue el único de sus antiguos generales que acompañó al guerrillero desde los días azarosos de las batallas hasta los días apacibles en la hacienda de Canutillo; es el general Nicolás Fernández.

Natividad Amador Espino durante 6 o 7 años, fue el telegrafista personal de Pancho Villa; todo ese tiempo anduvo pegado al Centauro galopando por las estepas norteñas.

Entre los oficiales de la brigada de Raúl Madero figuraba el coronel Pedro Monroy. En una de las esquinas de las calles Bravo y Patoni el señor Monroy abrió una tienda de abarrotes a donde casi todos los días concurrían a visitarlo personas

que empuñaron las armas para luchar contra el gobierno porfirista, después contra el huertismo y al final combatieron a los carrancistas. La gente comenzó a llamar al comercio "la tienda de los veteranos de la revolución" y así se le sigue llamando hasta la fecha.

Es de suponer que los restos del capitán villista Zacarías Mendoza están enterrados en alguno de los dos panteones:

Tras una valla de laureles, cerca de un grupo de pinabetes y un ciprés en el cementerio de Guadalupe, destaca el monumento que recuerda al que fue aguerrido oficial del estado mayor de Tomás Urbina y que al morir tenía el grado de general; nos referimos a Manuel Solórzano Soto.

El músico y maestro de escuela Jesús Mena Vázquez y el señor Salvador Olvera anduvieron también con los hombres del temible Tomás Urbina; el primero como jefe de pagadores y don Salvador como simple pagador y secretario del general.

El capitán Vicente Tapia fue el último pagador de la brigada Juárez del general Calixto Contreras hasta poco antes de la desintegración de los ejércitos villistas.

No hay que olvidar tampoco a los ferrocarrileros que anduvieron en la bola y que sus restos están sepultados en nuestros panteones. Los ferroviarios integraron el grupo llamado Los Azulesunos 200- que se unieron a la columna que en 1912 organizara Eugenio Aguirre Benavides para combatir a Pascual Orozco que se había levantado en armas contra el gobierno maderista. Más tarde en 1913, mayor número se darían de alta en la Divi-

sión del Norte.

Los viejos rieleros que quedan, recuerdan a muchos de sus compañeros que anduvieron en la revolución y están sepultados en los panteones de la ciudad; unos como soldados y otros manejando los trenes villistas. Recuerdan a los siguientes: José Medina, Adolfo Martínez, Serafín González, Reynaldo Sánchez, Juan Betancourt, Jesús García Luna, Juan Loera, Manuel Gloria, Leonardo Núñez, Serapio Navarro, Severo Cruz, Enrique V. Ruiz, Pedro Domínguez, Carlos Saucedo, Donaciano Hernández, Isabel Torres, Alfonso G. Espinosa, Mariano Romero, Amador Infante, Miguel Medina, Salvador Guerrero, José R. González, Braulio Badillo, Urbano Martínez, Isidro Avila, Manuel Madrid, Encarnación Monreal, Juan F. Hernández, etc.

LOS MESONES

Al referirnos al mesón del Huizache explicamos como eran esas hospederías y que clase de servicios prestaban a los viajeros. No hemos sabido de otros mesones que sin duda existieron durante los primeros años de vida de Gómez Palacio. Las investigaciones nos han llevado a saber de los que se establecieron posteriormente y de ellos hablaremos.

Por la Victoria, entre las calles Zaragoza y Centenario está un edificio antigua construido posiblemente a fines del siglo pasado y que fue conocido como el Mesón de San Pablo. Es una casona de dos plantas y las ventanas del piso superior

tienen barandales de hierro, actualmente ocupada por la Confederación Nacional Campesina.

Platicaba Angel Camino -gran memorista y mejor conversador- que el Mesón de San Pablo fue construido probablemente para proporcionar alojamiento a los ricos, porque aparte de contar con confortables habitaciones para los huéspedes tenía lugar para guardar sus carruajes y caballerizas para los animales que tiraban de los mismos. Los huéspedes entraban al mesón por la puerta principal en la Victoria y por la Morelos pasaban coches y caballos. Por consiguiente el San Pablo ocupaba gran espacio de terreno de lado a lado entre dos calles; en cierta forma se adelantó a los actuales moteles y con certeza no se sabe si estuvo al servicio público. Don Alejandro Bañuelos dice haber visto una como entrada de túnel y otras personas aseguraban que llegaba hasta el Club Lagunero, y que serviría a los huéspedes del mesón para asistir a las fiestas de dicho centro social, sin ningún peligro.

El Mesón de San Pablo tiene arcadas y corredores en su interior y habitaciones amplias con altos techos. En tiempos de la revolución sirvió de cuartel principal tanto a los generales federales como a Francisco Villa cuando los grandes combates en Gómez Palacio. En 1925, el nuevo propietario del que se llamó Mesón de San Pablo que fue don Longinos González arregló convenientemente el edificio para ponerlo en servicio como hotel pero sin saberse las causas no lo hizo, quedando como recuerdo en el piso del corredor de la planta alta la siguiente inscripción: Hotel Palacio

1925.

Existieron mesones para clientes pobres en diferentes épocas situados casi todos cerca del mercado; sin duda Gómez Palacio fue y sigue siendo una población preferida por los campesinos para venir hacer sus compras semanales o simplemente a pasear especialmente los domingos.

En una de las esquinas de Allende y Ocampo al lado de la actual cantina Imperio por la primera de esas calles estuvo el mesón del Gallito. Cuando la Cervecería Sabinas se estableció en Lerdo, en la mencionada esquina el señor Francisco Enríquez Baca puso una cantina con el nombre El Gallito en donde comenzaron a vender cerveza a 5 centavos el vaso, como ni a ese precio la gente consumía cerveza prefiriendo sotol o mezcal por estar acostumbrados y porque el marro de ambas bebidas costaba 25 centavos, en El Gallito de 12 a 2 de la tarde regalaban cerveza con rodajas de tomate como botana y así fue como la gente fue conociendo las delicias que provocan las cheves. Al lado de la cantina Imperio todavía existe el portón que permitía el paso al mesón, actualmente en el zaguán está una peluquería.

Pegado a la actual papelería El Nuevo Modelo estuvo un corral que fue acondicionado como mesón; su propietario o administrador que llamaban don Juanito le puso el nombre de San Juan, nadie respetó ese nombre porque la gente comenzó y siguió llamándolo mesón de Don Juanito.

Por la calle Patoni al lado donde por muchos años estuvo la zapatería El Morisco, Anacleto Díaz compró una faja de terreno que atravesaba la

manzana con entrada también por la Escobedo, lo habilitó como mesón para que su señor padre con las ganancias viviera decorosamente. El papá de Anacleto se llamaba Pablo y el mesón fue conocido como de don Pablito, del que aún queda la entrada por la Patoni; un grueso marco sostiene el portón que permite el paso.

El mesón San Andrés se ubicaba frente al mercado Baca Ortíz por la Escobedo precisamente en el lugar donde ahora está la panadería La Unica.

Al lado de la fábrica de ropa El Venado por la Degollado, don Zacarías Mendoza administraba un mesón; y finalmente por la Patoni entre Allende y Madero había un expendio de leña y carbón propiedad del señor Marcelino Gutiérrez que al mismo tiempo era mesón. Estos dos fueron los últimos que funcionaron, antes de que desaparecieran para siempre esa especie de hospederías.

HOSPITALES

Hasta donde se sabe, desde la fundación de Gómez Palacio hasta 1910 no existió hospital alguno, al menos no hay pruebas escritas ni orales que lo consignent. Durante los años convulsos de la revolución no era posible que se establecieran. Sin embargo en ese período funcionaron provisionalmente hospitales de emergencia o más bien centros de primeras curaciones para atender a los revolucionarios que resultaron heridos en los combates contra ejércitos de la dictadura.

En mayo de 1911, antes de avanzar los maderistas sobre Torreón en poder de los federales, el comandante de los rebeldes Jesús Agustín Castro pidió a doctores y farmacéuticos locales que organizaran un hospital para curar a los heridos en los futuros combates

Por la calle Nicolás Bravo en la casa marcada con el número 36 se instaló el hospital con el nombre de Cuerpo Sanitario y Hospital Provisional de Gómez Palacio. A pedimento del jefe maderista el pueblo llevó camas, sábanas, almohadas, etc. Los profesionistas encargados del servicio usaban el brazalete de la Cruz Roja en el brazo izquierdo como distintivo; ellos fueron los siguientes doctores: A. Alvarez García, A. Parra, Enrique Viesca Lobatón, Jesús María González, Felipe Bosuelli y N. Vacca, y los farmacéuticos Jerónimo Sosa y José L. González. También cooperaron en el funcionamiento del hospital los señores Joaquín Amparán y Luis F. Rodríguez.

Tres años más tarde, en 1914, cuando las fuerzas villistas una vez más iniciaron otra ofensiva contra Torreón, las vías del ferrocarril habían sido levantadas por los federales más allá del Vergel por lo que el tren hospital de la División del Norte quedó sin movimiento entre otros convoyes. Debido a ello, los revolucionarios improvisaron un hospital de primeros auxilios en la casa que ocupaba el burdel de Olimpia que estaba por la Patoni entre Hidalgo y Mina; aprovechando los cuartos con camas de las prostitutas acomodaban a los heridos que luego de ser curados según su gravedad, eran trasladados al tren hospital para su completa

recuperación.

Decían algunas personas que a principios de 1920 se estableció el primer hospital sostenido por el municipio si puede llamarse así a un pequeño local con muchas carencias; ocupaba la casa de cantera que se ubica a mano derecha por la Urrea haciendo esquina con Hidalgo y que fue conocido como Hospital Dr. Venzor.

Luego -según diciendo los informantes- el hospital se cambió a una de las esquinas de Independencia y Allende, donde por muchos años estuvieron las oficinas de la Comisión Federal de Electricidad.

No recuerdan en que año fue, cuando por un descuido del vigilante encargado del cruce de las vías del ferrocarril con el tranvía, un tren a toda velocidad embistió a una "corrida" formada por tres coches causando la muerte de algunos pasajeros y muchos resultaron heridos que fueron llevados por su amplitud a la casa de ladrillos rojos conocida como de "1900" por la Victoria y que fue habilitada como hospital con el nombre de Dr. Agustín Vergara.

Antes las costumbres eran otras. Para evitar el paso de las rameras por las calles al ir a la revisión semanal al hospital éste se cambió a la zona de los burdeles en el barrio de La Patria a la entonces orilla de la población en una parte al poniente. El hospital estaba en una casa de adobes al lado de una pequeña finca de dos pisos -que aún existe- por la calle Patoni donde funcionaba un lupanar llamado Los Altos. Al hospital le faltaban muchas cosas; tenía unos cuantos camastros para

los enfermos y al morir uno de ellos que no tenía familiares que lo recogieran, lo tendían en un petate en el suelo y un ladrillo de cabecera, iluminado por las llamas inciertas de una o dos velas que llevaba una prostituta conmovida; mientras la alegría reinaba en los ruidosos salones de baile en los prostíbulos y en las tabernas rebosantes de parroquianos.

Por fin en 1936, al otro lado del tajo de San Antonio se construyó un verdadero hospital en su propio terreno dejando de ser improvisado ocupando casas de renta como los anteriores, donde hasta la fecha continúa funcionando al servicio de la comunidad.

EL PARRALITO

Don Antonio Correa tenía la tienda de abarrotes El Parral en una esquina de las calles Escobedo y Victoria frente al mercado Baca Ortiz. Durante la revolución cuando los bombardeos se abatían sobre la ciudad, una bala de cañón perforó las paredes de adobes del comercio abriendo sendos boquetes. Esto y el siempre peligro que había de que la tienda fuera saqueada por los revolucionarios, motivó que don Antonio no quisiera saber nada de la zona comercial y se fue al mercado de puestos callejeros al norte de la población donde abrió la primera tienda de abarrotes que hubo en el lugar con el nombre de El Parralito.

Pronto el comercio acarreó clientela. Debido a ello otros comerciantes fueron rentando casas

en la misma cuadra estableciendo nuevos negocios. Los puestos callejeros a su vez aumentaron y aquello se fue transformando en un pequeño centro de abastos donde las amas de casa se surtían de casi todo sin necesidad de ir al mercado municipal. El barrio también cambió, convirtiéndose en el más populoso de Gómez y desde entonces se conoce como el barrio del Parralito.

En el ahora callejón que hace una curva por donde venía la espuela del ferrocarril a la fábrica La Amistad, me encontré al anciano Eduardo García Luna que ahí tiene una carnicería atendida por sus nietos. Le supliqué me enseñara donde estuvieron antaño los comercios del Parralito. Caminamos unos cuantos pasos y al llegar a la calle Morelos me dijo: "Al frente, en esa esquina estaba un corralón, enseguida se levantaba una casa de adobes de dos pisos de don Antonio Correa; en la parte alta vivía con su familia y abajo tenía la tienda El Parralito; cuando el señor Correa se cambió a la calle Madero donde puso un expendio de pasturas, traspasó la tienda a José Chiew y éste a su vez a Pancho Lee. Al lado del Parralito, don Amando Izaguirre abrió una carnicería. Luego estuvo el rebote que ya tenía años construido y en la esquina con 20 de Noviembre más tarde el señor Jesús Aranda tuvo una gran tienda de abarrotes. Haciendo esquina frente al Parralito estaban las propiedades de la señora Serafina Ortiz quien le rentó un local a Antonio Fong donde estableció un comercio de abarrotes. Todas las mañanas, temprano, llegaba don Eleuterio Rubio y en la esquina del corralón ponía un brasero y sobre el fuego un bote

con agua y hojas de naranjo; vendía la bebida en jarros con o sin piquete -chorro de alcohol- a los madrugadores levantados por la cruda”.

LAS RUINAS DEL PUEBLITO

El barrio del Pueblito se extiende desde la falda del cerro de la Cruz hasta el parque Morelos. Exactamente no se sabe porqué tiene ese nombre. Algunos ancianos platicaban que desde antes de la fundación de Gómez Palacio cuando esos terrenos eran llanos de huizaches y mezquites ya era conocido con ese nombre por arrieros y lugareños de la vieja hacienda de Santa Rosa, porque hace muchos años ahí esuvo un pueblito de indios. En cambio otros afirmaban que cuando comenzaron a levantarse las primeras casas en ese lugar tan lejos del centro de la población, el agrupamiento aislado de fincas recibió el nombre de El Pueblito y que para llegar se abrió una brecha entre el charral.

Se cuentan muchas cosas del barrio del Pueblito. Desde hace tiempo han circulado rumores que bajo la capillita y terrenos adyacentes varias personas han visto restos de construcciones sepultadas a cierta profundidad. Decían que cuando el padre Carrasco era el encargado de la capilla, un hundimiento en el piso puso a descubierto vestigios de muros de ladrillos; también aseguraban que en casas cercanas donde por alguna circunstancia tuvieron necesidad de cavar la tierra vieron restos de ruinas sin poder precisar en ambos casos a

que pertenecieron, y que en una de ellas habían encontrado un espadón español. Por algún tiempo anduve buscando a un testigo ocular para que proporcionara más detalles. Fue en vano, no localicé a ninguno.

Cierto día un hombre joven me detuvo en la calle y me preguntó que si yo era don Pablo. Al contestarle afirmativamente me dijo que había sido amigo de mi hijo Jorge y que por algunos años tuvo un taller de ebanistería que había sido de su padre en el barrio del Pueblito precisamente al lado de la capilla por la calle Abasolo. Le pregunté que si por la vecindad del templo no supo de las ruinas que habían sido vistas ahí; contestó que oyó decir de ellas pero no las vió. Luego Francisco Duarte -así se llama el artesano- a propósito de ruinas, dijo lo siguiente:

“Un día llegaron al taller unos señores preguntando por la propietaria de la finca para pedirle permiso de hacer excavaciones en el local en busca de un tesoro ya que sabían ahí estaba sepultada una fortuna. Les contesté que la dueña vivía en la ciudad de Uruapan pero que si se comprometían a dejar el terreno como estaba, les permitía hacerlo, lo hice con la esperanza que me tocara algo. Trajeron varillas detectoras, aparatos raros y toda clase de herramientas propias de los buscadores de tesoros y en un rincón del taller pegado a la pared de la capilla donde las varillas indicaron, cavaron una zanja larga y honda, y en lugar de monedas de oro o joyas encontraron restos al parecer de una pila, dos arcadas y un tramo como si fuera de un túnel, todo de ladrillos. El padre Pinela

a cargo de la capilla se dió cuenta y animó a los buscadores a seguir cavando en el templo, pero ya no quisieron hacer más gastos, volviendo a tapar el hoyo dejando el terreno como estaba”.

Entrevistado el padre Pinela confirmó ser cierto lo que contó el maestro ebanista y que había oído decir de las ruinas bajo el piso de la capilla y de otras casas.

Que fue lo que está enterrado en el legendario barrio del Pueblito y en otras partes de la población que motiva a la gente hacerse tantas conjeturas de sus orígenes?

EL TAJO DE SAN ANTONIO

El canal de La Línea o Lavín venía de la presa de San Fernando. Era un ancho y profundo tajo donde por su lecho corrían grandes volúmenes de agua y que auxiliado por una red de canales secundarios permitía regar las tierras que una vez fueron propiedad del latifundista Santiago Lavín que abarcaba centenares de hectáreas dedicadas al cultivo del algodón y el trigo. Frente al puente del camino real donde ahora se levanta el hospital del ISSSTE estaban las compuertas del canal de La Línea que se abrían para dar paso a las aguas que corrían por los tajos de San Antonio y San Ramón. Las aguas del gran canal se precipitaban en forma de torrente a los mencionados tajos; tan impetuosa era la corriente que arrastraba.

El tajo San Antonio iba paralelo a corta distancia del camino real, una atarjea de madera sobre

el canal y que la gente llamaba "la canoa", permitía al agua que venía en la acequia de la carretera pasar al otro lado para regar campos de labranza, plantíos de flores y huertas. Entre el espacio del canal San Antonio a la vía de los trenes eléctricos aparte de sementeras y huertas había casas de campo que les decían quintas, así como arboledas a los lados de la vía férrea y del camino real. El tramo de las compuertas al puente de los tranvías era conocido como Paseo de Santa Anita y en verdad era un paseo muy bonito.

A poca distancia del puente de los tranvías al otro lado del tajo San Antonio, estaba la fábrica de textiles La Victoria que después fue La Industrial del Nazas. Frente a la factoría construyeron un puente de gruesos tablones para que fueran y vinieran los pesados carros de mulas cargados con materia primas y productos elaborados en la fábrica.

Cerca al extremo oriente del cerro de La Pila sobre el tajo San Antonio estaba el puente conocido como de Vivos y Muertos donde pasaban las carrozas fúnebres con difuntos a enterrar al panteón. Bajo el puente otra compuerta daba lugar al nacimiento de los angostos tajos de Vergel y Casablanca y que pronto fueron bautizados con los mote de "ahoga perros", "el chorrillo" y "canta ranas". Por su parte el San Antonio ya reducido su cauce continuaba su rumbo.

En la calle Ferrocarril que antes fue Ampuero y ahora es Francisco I. Madero, un pequeño puente de piedra sobre el tajo de San Antonio permitía el paso de los obreros a la Casa Redonda, a las

guayuleras y al despepite ubicados al otro lado del canal. Cuando los terrenos se fueron poblando los vecinos colocaron puentes si pueden llamarse así a los gruesos mecates que sostenían trozos de tablas que se movía al paso de la gente; había uno en cada una de las calles que desembocaban en el tajo y con burla los llamaban "los puentes colgantes". Después el alemán Guillermo Fleming dueño de la fábrica de cables de ixtle y huaripas que ocupaba el local de una antigua guayulera mandó construir un puente de madera por la Allen de que tenía ejes giratorios en el centro impidiendo el paso a los burros.

Cegado paulatinamente el tajo de San Antonio por su antiguo cauce se trazó la actual calle 16 de septiembre que comienza a un lado del hospital del ISSSTE y termina donde estaba el puente de Vivos y Muertos. De ahí en adelante siguiendo el mismo cauce del tajo se llama calle Arteaga y Salazar hasta terminar en el puente que aún existe por la calle Madero.

En un principio la 16 de septiembre fue conocida como calle Canal de San Antonio y mucha gente continúa llamándolo así.

LAS LAGUNETAS

Unos de los pasatiempos favoritos de los muchachos de antaño que formaban las palomillas de los barrios de la ciudad, era ir a cazar patos a la llamada laguneta de Filadelfia.. Provistas de resorteras y abundantes piedrecillas como parque en los

bolsillos, se apostaban en lugares estratégicos de las riberas e inútilmente enviaban lluvias de proyectiles a los patos que confiadamente se deslizaban sobre el agua. Inútilmente, porque según recuerdo los muchachos del barrio de La Patria -yo entre ellos- nunca le pegaron a un pato para lograr su captura, vivo o muerto.

El pequeño lago de Filadelfia desde hacía muchos años -según decían- se había formado en tierras del rancho del mismo nombre en los suburbios de Gómez Palacio. Era propiedad de la compañía francesa Algodonera de la Laguna que tenía almacenes y oficinas por la Constitución entre las calles Victoria y Morelos. Las tierras quedan a mano izquierda de la vía del ferrocarril a Monterrey, donde actualmente se levantan las casas del fraccionamiento de la colonia Filadelfia.

Todo el año la laguneta tenía agua. Posiblemente estaba en parte baja, porque platicaban algunos que cuando llovía torrencialmente veían correr el agua en su dirección y desembocar ahí. También las aguas que se desbordaban del tajo San Antonio durante la llegada anual de las grandes crecientes del río, iban a dar en parte a la pequeña laguna. Sea por una causa o por la otra o por las dos juntas, el caso es que la laguneta de Filadelfia siempre tenía agua. Aparte de los pequeños patos grises que permanentemente habitaban en las riberas, llegaban parvadas de garzas blancas y por las tardes grupos de tordos y otros pájaros anidaban en las copas de los álamos que frente a la laguneta crecían, en los bordes de la acequia que por allí pasaba.

Antes de construirse las presas del Palmito y más tarde Las Tórtolas durante la temporada de lluvias cada año, las aguas del río Nazas llegaban a la Comarca Lagunera transformadas en torrente que al salirse de su cauce, inundaban siembras, rancherías y poblados ribereños, causando innumerales daños. Al regresar las aguas a su nivel normal, en partes propicias para ello dejaban vegas y lagunas como las de Filadelfia y Los Necochea, que la gente llamaba lagunetas.

Los señores Necochea vecinos de Lerdo, eran dueños de unas tierras localizadas entre el antiguo rancho Coufiño y La Torreña. Esas tierras eran más bien de agostadero porque no eran propias para la siembra. Tanto el agua que bajaba de los cerros vecinos al poniente así como los desbordes anuales del tajo San Ramón, formaron un depósito permanente de agua conocido como laguneta de Los Necochea a donde los rancheros de los predios alrededores llevaban al ganado a beber agua, y también para que se alimentaran con el pasto que brotaba en esos lugares. Altas plantas acuáticas crecían en las orillas de la laguneta y la profundidad de sus aguas llegaba alcanzar hasta el metro.

Jesús Contreras, asiduo concurrente a las bancas de los jubilados en la Plaza de Armas, es un viejo que su vida activa la pasó trabajando en los campos agrícolas de lo que fue el Perímetro Lavín ya fuera como mayordomo de los hacendados dueños de la tierra y después del reparto de la misma, como empleado del Banco Ejidal, cambiando el caballo por la cómoda camioneta. Don Jesús recuerda los atardeceres en la laguneta de Los Ne-

cochea al irse ocultando el sol sus últimos rayos se reflejaban sobre la superficie del agua presentando un espectáculo bellissimo.

Es de suponerse que en todas las lagunas se veía el mismo espectáculo, pero los muchachos que frecuentaban la laguneta de Filadelfia trataban de cazar patos y no presenciar bellos atardeceres.

"El muerto de la laguneta" con ese nombre fue conocido el cuerpo de un hombre que encontraron sin vida en la orilla de la pequeña laguna de Filadelfia. Como sucede siempre en estos casos surgen diversas versiones. Algunas persona decían que el aludido llegó cansado y al dormirse profundamente aprovecharon los moyotes para chuparle la sangre. Otros aseguraban que había llegado borracho y al echarse a dormir la mona, miles de hormigas le causaron la muerte con tanto piquete recibido.

LAS HORTALIZAS DE LOS CHINOS

Desde principios del presente siglo y todavía muchos años después en las ciudades laguneras se notaba la presencia de numerosos inmigrantes chinos dedicados a diversas actividades; especialmente en Torreón era grande la cantidad de residentes de esa nacionalidad y más se hacía notar su presencia porque eran propietarios de almacenes de abarrotes al mayoreo; de tiendas grandes y chicas al menudeo, restaurantes, lavanderías y cultivaban extensos campos de hortalizas; hasta tenían su propio banco.

En Gómez Palacio había relativamente pocos

chinos y no destacaban en los negocios. Ninguno de los importantes almacenes ubicados en la calle Ampuero era de ellos. Solamente tenían tiendas de abarrotes al menudeo en el mercado Baca Ortiz y en otros rumbos; dos o tres restaurantes e igual número de lavanderías. En cambio rentaban terrenos en los suburbios que convirtieron en lozanas sementeras de verduras, que la gente llamaba "las hortalizas de los chinos".

Los laboriosos chinos protegiendo su cabeza de los fuertes rayos del sol con sombreros de palma de copa chica y anchas alas combadas trabajaban la tierra, preparándola para el trasplante de los brotes nacidos de las semillas en los almácigos. Más tarde, cuando los surcos largos y rectos se engalanaban con el verdor de las plantas crecidas, llegaría la recolección de cada especie en su tiempo; de toneladas de zanahorias, lechugas, tomates, betabeles, rábanos, repollos, etc., que en carros tirados por caballos o mulas serían llevados a los comerciantes de verduras.

Atrás de la barda oriente de la fábrica de jabones La Esperanza estaba una de esas hortalizas. Una mula dando vueltas alrededor de la boca de una noria donde por medio de una cadena de botes sacaba agua del fondo del pozo. Los botes bajaban vacíos y subían llenos a la superficie y al voltearse por gravedad vaciaban el agua a una acequia grande que a su vez alimentaba una red de pequeños canales por donde corría el agua para regar los plantíos. Después la mula dejó de dar vueltas, posiblemente colocaron una bomba con motor o el agua vendría de las acequias de la ja-

bonera. Concluídas sus labores, los campesinos chinos se acostaban en petates bajo la sombra protectora de tejabanos con techos de carrizos y hojas secas, y en largas pipas de bambú que terminaban en una escudilla con agua fumaban quizá tabaco macuche cultivado por ellos o como aseguraban los malpensados fumaban opio que al hacerlo, el agua gorgoreaba en la pequeña visija. Los tejabanos estaban al frente de las galeras de adobes que servían de almacén y vivienda a los asiáticos. Probablemente las horas pasadas tirados en las esterros fumando eran las más placenteras que disfrutaban aquellos hombres taciturnos viviendo tan lejos de su país que los vió nacer.

Por esos años, las últimas casas al sur llegaban hasta la Urrea donde aisladas se levantaban las fincas de cantera de dos pisos que aún existen. Aproximadamente 200 metros al sur donde comienzan las tierras bajas que pertenecieron a la familia Sánchez Alvarez, las aguas de las lluvias que bajaban de la población por ese rumbo se fueron acumulando hasta formar un pequeño lago conocido como "el charco de los chinos" a donde también iban a dar el agua sobrante de las acequias luego de regar las labores que en la mencionada parte baja se extendían. A mano izquierda del "charco" estaba una hortaliza cultivada por chinos; una hilera de ramas de mezquite en forma de horquetas cruzaba el depósito de agua sosteniendo una tubería por donde iba el agua extraída por los chinos con bates en el extremo poniente y que llegaba hasta el otro lado para regar los plantíos de verduras. Donde terminaba la hortaliza enfrente en la

parte alta por la calle Allende había una huerta con albercas familiares y que la gente llamaba "los baños de la huerta".

Al lado de las ruinas de la que fue la fábrica de calzado Cunard donde ahora son terrenos del Instituto Francés de la Laguna existió otra hortaliza de chinos que era regada con aguas de las acequias que venían de la presa de San Fernando. La corriente desembocaba en una pileta y los buenos chales permitían a los muchachos a bañarse en ella, cuando los tajos no traían agua.

Más tarde los chinos que tenían la hortaliza en la parte de atrás de la jabonera dejaron de cultivarla y prepararon unos terrenos ubicados frente a la gasolinera de Cholón; terrenos del desierto que no tardaron en transformarse en verdes sementeras, gracias al empeño y la paciencia de los laboriosos chinos.

EL VENTARRÓN Y EL MERCADO

A principios de la década de los veinte, posiblemente en 1922 o 1923, como a las 4 de la tarde de un día de junio un fuerte ventarrón se abatió sobre Gómez Palacio y otras ciudades laguneras que por espacio de dos horas derribó árboles, tanto de la plaza como del parque y de las calles, así como postes de la compañía de luz.

Las largas láminas de parte del techo del mercado Baca Ortiz volaron por los aires y algunas fueron a caer sobre la guayulera del barrio de Santa Rosa, al otro lado de las vías del ferrocarril.

También la fuerza del viento desprendió láminas de la bodega del express en la estación de los trenes. Finalmente provocó que una corrida de los tranvías formada por tres carros, se descarrilara quedando los coches recargados sobre montículos de arena a un lado del terraplén. Parado frente a la ventana de mi casa veía pasar el terregal que tenía un color rojizo quizá por la gran cantidad de arena que arrastraba; las vidrieras de la ventana vibraban al paso del vendabal.

Buena parte del mercado quedó sin techo y así quedó para siempre hasta que fue derruido. La incuria de las autoridades o la pobreza municipal no hizo posible que las láminas del techo fueran repuestas, y aquel parián -como algunos lo llamaban- tan limpio, amplio y ordenado, se fue transformando en un amontonamiento de puestos que para defenderse de los aguaceros y del sol, colocaron techos improvisados con petates, costales y mantas. Un incendio provocado intencionalmente acabó con el hacimiento de aquellos puestos morunos.

El Baca Ortiz antes de que el ventarrón volara parte del techo era un bonito mercado con altas paredes de ladrillos rojos; tenía grandes ventanas protegidas con rejas de hierro que estaban colocados uno tras otro por las cuatro costados; medían como cuatro metros de altura y dos de ancho por donde entraban torrentes de luz y aire, proporcionando buena ventilación y bastante visibilidad. Contaba el parián con amplios andadores de baldosas brillantes donde en orden se acomodaban los locatarios según su especialidad. Daba gusto

ir al mercado, recorrerlo y luego visitar las limpias fondas colocadas en círculo en el último andador que era redondo, ubicado en el mero centro, y por 25 centavos saborear una rica comida.

Después del incendio se procedió a derrumbar el viejo mercado y levantaron el actual con el nombre de José Ramón Valdés. No tenemos conocimiento de construcciones y no podemos decir si quedó mal terminado, o no fue el diseño apropiado; el caso es que había mucha diferencia en aquel mercado ventilado, amplio y limpio con el actual que está peor que el Baca Ortiz en su peor época a consecuencia del ventarrón. Puede ser que a 36 años de construido el José Ramón Valdés por falta de mantenimiento adecuado, esté en las condiciones actuales: donde las aguas negras afloran por todos lados; el interior del mercado está sucio, maloliente, los servicios sanitarios provocan náuseas; con locales que sirven de bodega a los comerciantes donde amontonan cajas de cartón, rejas de madera, y un sin fin de cachivachis y las entradas tapadas con pedazos de cartón y tablas. Los andadores ya los hicieron estrechos y los pisos están deteriorados. Cada locatario extiende su puesto a sus necesidades rompiendo el lineamiento. Hay comerciantes que se han adueñado de grandes espacios sin ocuparlos y otros que no caben en los que tienen; se comportan como si los locales fueran de su propiedad olvidando que son del municipio y por ende de la comunidad. Claro que una cosa es dar a conocer la situación y otra ponerle remedio. A lo mejor están esperando que ocurra otro incendio para que cambien las cosas y tener un

ir al mercado, recorrerlo y luego visitar las limpias fondas colocadas en círculo en el último andador que era redondo, ubicado en el mero centro, y por 25 centavos saborear una rica comida.

Después del incendio se procedió a derrumbar el viejo mercado y levantaron el actual con el nombre de José Ramón Valdés. No tenemos conocimiento de construcciones y no podemos decir si quedó mal terminado, o no fue el diseño apropiado; el caso es que había mucha diferencia en aquel mercado ventilado, amplio y limpio con el actual que está peor que el Baca Ortiz en su peor época a consecuencia del ventarrón. Puede ser que a 36 años de construido el José Ramón Valdés por falta de mantenimiento adecuado, esté en las condiciones actuales: donde las aguas negras afloran por todos lados; el interior del mercado está sucio, maloliente, los servicios sanitarios provocan náuseas; con locales que sirven de bodega a los comerciantes donde amontonan cajas de cartón, rejas de madera, y un sin fin de cachivachis y las entradas tapadas con pedazos de cartón y tablas. Los andadores ya los hicieron estrechos y los pisos están deteriorados. Cada locatario extiende su puesto a sus necesidades rompiendo el lineamiento. Hay comerciantes que se han adueñado de grandes espacios sin ocuparlos y otros que no caben en los que tienen; se comportan como si los locales fueran de su propiedad olvidando que son del municipio y por ende de la comunidad. Claro que una cosa es dar a conocer la situación y otra ponerle remedio. A lo mejor están esperando que ocurra otro incendio para que cambien las cosas y tener un

verdadero mercado.

Que aspecto tan diferente presentan las joyerías, tiendas de regalos y algunas de abarrotes comparadas con el resto de los locales.

LA MEJOR NOVENA DE TODOS LOS TIEMPOS

Una tarde de 1918 sin recordar día ni mes, acompañado por un muchacho del barrio del Pueblito que se llamaba Manuel Román, por la hortaliza de los chinos atrás de la jabonera arrastrándonos por la acequia bajo la barda que la separaba de la colonia de los empleados, nos introdujimos para presenciar un juego de beisbol que se iba a celebrar en el campo que ahí existía. Lo hicimos para no pagar el costo del boleto ya que los 50 centavos que valía era una cantidad de dinero que no llegamos a tenerla en los bolsillos, al menos en aquella época de nuestra ya lejana adolescencia.

El juego fue en el bonito parque de beisbol que la jabonera La Esperanza había acondicionado para que jugaran las novenas de sus empleados. Tenía pasto en todo el campo menos en el diamante, pequeñas gradas para el público y baños para los jugadores; decían que en aquellos años era el único parque en el país, en tales condiciones.

Esa tarde jugaban el equipo profesional Fabriles de la capital de la república contra La Esperanza. Todos los jugadores del Fabriles eran cubanos menos el catcher -Arsenio Iruretagoyena- que era de Sonora y junto con el manager y pit-

cher Sansirena eran los únicos blancos; los demás eran de color; había uno tan negro que los aficionados comentaban que estaba más negro que el carbón, se apellidaba Arumis y jugaba la segunda base. Fabriles se impuso a La Esperanza con marcador de 6 carreras a 2. De los peloteros locales recordamos al pitcher Garcés, a Leonardo Valenzuela Fernando Sánchez Durán y José Brito magnífico jugador de Torreón que reforzó a La Esperanza y era tan bueno que Sansirena se lo llevó para su equipo.

Años más tarde quizá en 1922, La Esperanza se enfrentó a la poderosa novena Indios de la Cervecería Cuauhtémoc de Monterrey, ya para entonces el equipo de la jabonera contaba con sus estrellas; el pitcher Pedro Franco, su hermano Carlos que era receptor y Eduardo Brittingham que cubría la tercera base; los tres grandes bateadores. Por su parte la novena de Monterrey estaba integrada por jugadores americanos y pochos en su mayoría, que después fueron estrellas de las Ligas Menores de Estados Unidos, sobresaliendo Leonardo Alanís el gran Najo. Los Indios derrotaron a La Esperanza apuradamene en la octava entrada cuando John Phipps se voló las palmas con dos corredores en base; antes en el segundo inning Eduardo Brittingham había hecho lo mismo con un hombre en los senderos. Por lo tanto el resultado final fue de 3 carreras a 2.

El Chirrin Manuel Gutiérrez fue un espectacular short stop que jugaba en la ciudad de México. Con peloteros pepenados formó una novena que llamó Reforma. Vinieron a jugar una serie con La

Esperanza perdiendo los tres juegos.

En Torreón existió la novena Cuauhtémoc y que luego fue el 3-2. Era un equipo donde jugaban algunos peloteros semiprofesionales de San Antonio, Texas, de origen mexicano como los hermanos Botello y el resto eran los mejores jugadores regionales. A pesar de los refuerzos dicha novena no le podía ganar un partido a La Esperanza, la tarde que lo hizo una banda de música recorrió las calles de Torreón celebrando el triunfo.

En los campeonatos que se celebraban en la región; La Esperanza fue el equipo vencedor indiscutible. Por todo lo señalado, consideramos que La Esperanza ha sido la mejor novena de aficionados que ha existido en la Comarca Lagunera.

EL SABINO Y EL OLIVO

En la Plaza de Armas de Gómez Palacio se mantienen en pie no sin dificultades dos viejos árboles que representan diferentes etapas durante el desarrollo de la ciudad. Uno, que en un principio fue llamado Arbol de la Revolución y el otro de la Hispanidad o Amistad Latinoamericana que con esos nombres fueron conocidos hace muchos años; nombres ya borrados del recuerdo.

El que fue llamado Arbol de la Revolución ha provocado controversias de quien o quienes lo plantaron. Es un corpulento sabino que ha crecido en un ángulo de la plaza en contraesquina de la iglesia de Guadalupe. Según se supo fue plantado por la Junta Popular Agraria en 1922 al cumplir

su primer aniversario; recibió el nombre de Arbol de la Revolución porque algunos agraristas miembros de la Junta se habían levantado en armas el 20 de noviembre de 1910. El árbol se desarrolló lentamente protegido por un barandal de hierro que colocaron a su alrededor.

Jesús Correa -fallecido hace pocos años- aseguraba que el mencionado sabino fue plantado por él, con sus propias manos, en una reforestación que años más tarde efectuaron en la plaza los alumnos del profesor Alfonso Salazar de la escuela oficial número 1. Viviendo entonces en México, encomendé a Lino Ramírez realizara una investigación entre los condiscípulos de Correa -Lino era uno de ellos- que viven en Gómez, sobre lo dicho por él. La investigación confirmó que era verdad y que en el lugar donde los agraristas plantaron el árbol no había nada. Probablemente el arbusto fue arrancado por algún muchacho travieso.

Pero no termina ahí la historia del sabino. Una mañana en rueda de banqueros en la plaza, Alfredo Betts que por muchos años trabajó como chofer de los sitios de autos del jardín, al oír las diversas versiones de los presentes sobre quien o quienes plantaron el mencionado árbol, expuso la suya: "El tal sabino fue plantado una tarde que estuvo en la plaza una partida de villistas a caballo. Uno de ellos traía saliendo de la alforja de la montura un arbolito que según dijo lo venía cargando desde el cañón de Fernández. Lo sacó de la alforja y procedió a plantarlo en el lugar donde ahora se levanta corpulento".

César Caballero trabajaba en las oficinas del

Banco Ejidal en Torreón. Una vez que fui a saludarlo, me platicó que por esos días había llegado a la agencia un ingeniero agrónomo -no recuerdo el nombre- que prestaba sus servicios en la Secretaría de Agricultura quien dijo a César que era uno de los niños de Morelia y que en una visita que hicieron a la Comarca Lagunera, un grupo de ellos junto con otros niños de las escuelas plantaron olivos en la Plaza de Armas de Gómez Palacio; el acto recibió el nombre de la Hispanidad o de la Amistad Hispanoamericana.

Centenares de niños españoles perdieron a sus padres durante la Guerra Civil quedando huérfanos y el presidente Lázaro Cárdenas les brindó hospitalidad en nuestro país; fueron internados en escuelas de Morelia donde crecieron y se educaron, llegando posteriormente a ser útiles a México, su nueva patria. Un grupo de esos niños en su visita a la región se hospedaron en la casa de don Máximo Alvarez cónsul en La Laguna por esos años de la República Española.

Platicaba César Caballero que acompañado del ingeniero agrónomo de origen español buscaron olivos en la plaza, encontrando solamente uno que está por la calle Morelos; es el tercer árbol comenzando por la esquina con Independencia.

Siguiendo las señas de César dí con el olivo que trabajosamente sigue con vida, añoso, sediento, con las ramas arrugadas y hojas marchitas, cenicientas.

LOS PREGONEROS DE ENTONCES

Por la calle polvorienta donde a un lado de la ancha acequia crecían los fresnos venía un hombre arreando un burro. El animal soportaba en cada una de las alforjas sobre su lomo un costal de yute lleno de cal. De cuando en cuando el hombre gritaba: "marchantita la cal para su nixtamal". Por un centavo, el vendedor ambulante entregaba a la "marchantita" que salía a comprar, un bote salmoneo copeteado de cal que disuelta en agua le serviría para lavar el nixtamal, el que a su vez molido en el metate se convertiría en masa que moldeada por las hábiles manos de las mujeres en tortillas, se echaban al comal para su cocimiento y estuvieran listas al reunirse la familia en la hora de la comida.

En las boticas llamadas también droguerías vendían muy pocas medicinas de patente. Los doctores recetaban a sus pacientes medicinas que la mayoría eran preparadas en las boticas por los farmacéuticos con materias primas que guardaban en tarros de porcelana que abarrotaban los anaqueles del establecimiento. Muchas familias pobres al enfermarse no tenían dinero para la consulta con el médico ni mucho menos para surtir las recetas; así es que al sentirse malos esperaban con impaciencia el paso del vendedor de yerbas medicinales. Este era un sujeto flaco, alto, que sobre sus hombros cargaba un palo con un canasto en cada extremo atiborrado de yerbas, raíces y cáscaras. La gente hablaba con el yerbero de su malestar y él le recomendaba el uso -según el caso- de la ruda, mejora-

na, tomillo, yerbaniz, manzanilla, etc. Continuaba su camino el señor de las yerbas pregonando: "la cuacia para la bilis", "el epazote para los gases de los frijoles"; siguiendo con una larga letanía de nombres de yerbas curativas.

Todos los días, lloviera o no, una mujer venía a pié desde Lerdo por el camino real. En la temporada que maduran los higos pasaba por las calles con un canasto lleno de esa fruta sobre la cabeza y otro en una de las manos, gritando: "quien quiere los viejitos de Lerdo". Al acabarse el tiempo de los higos abandonaba los canastos y pasaba con jaulas donde revoloteaban pájaros, y pregonaba: "quien quiere los jilgueros de Lerdo". La gente la conocía como La Pajarera.

Otro hombre, también alto y flaco, cubriendo su cabeza con una huaripa mugrosa de anchas alas, caminaba por las calles gritando: "botellas vacías que venda", "la lana que la vendan".. Traía un costal al hombre donde guardaba lo que compraba.

Existieron tipos que pedían limosna aparentemente trastornados porque al pedir "una limosnita por el amor de Dios" sabían lo que decían. Había un muchacho que cantaba el siguiente estribillo: "Cuca mamá tin tan" sin saberse que quería decir con eso. A otro le apodaban "el chivo meé" porque queriendo asustar a los niños les decía "meé" imitando a esos animales.

También es digno de recordar aquel vendedor que por las tardes salía con dos botes de humean-tes elotes pregonando: "elotes calientitos a tres, cuatro, cinco, seis, siete....centavos" hasta llegar a 16, naturalmente nadie le compraba un elote que

pasara de cinco fierros.

Uno de los últimos pregoneros de antaño, fue el señor que a las 10 de la noche comenzaba a recorrer las calles llevando un carrito con una garrafa de nieve de limón gritando: "pura aguita, pura aguita, con o sin recaudo". El recaudo eran limones con cáscara exprimidos en la nieve. La gente murmuraba que la venta de nieve era para despistar ya que su verdadero negocio era vender marihuana que le dejaba grandes ganancias. Es posible que haya sido cierto, porque a quien se le ocurre andar en la noche vendiendo solo nieve de limón.

Aparte de los pregones señalados se escuchaban otros en diferentes horas: como de los vendedores de camote que los traían en palanganas o bateas, asados o cocidos embarrados con miel. Había uno que con voz triste, pasaba pregonando cabezas tatemadas de chivo a 25 centavos, de carnero a 40. Los vendedores de gorditas de cuajada y el de los exquisitos marquesotes que aparecían al anochecer.

Había otras personas en las calles que se ganaban la vida de otra manera como los cantores de corridos y tragedias, y lo mismo el cieguito que se acompañaba con su arpa.

Por las noches, la gente salía a cenar en las fondas callejeras alumbradas con cachimbas, ya fuera gallina frita, enchiladas o taquitos; ahora es diferente, ahora son los chavos que consumen perros calientes y las hamburguesas que se venden por todos los rumbos en puestos rodantes alumbrados con luz eléctrica. Las personas mayores afortunadas

nadamente no son afectas a consumir esos antojos extranjeros de sabor raro.

EL DESPEPITE Y LA GUAYULERA

Por la calle 5 de Febrero entre las de Victoria y Allende ocupando el espacio de una manzana permanecen algunos restos de lo que fueron un despepite y una planta procesadora de guayule. Las dos industrias fueron propiedad de don Miguel Torres y estuvieron en actividad por muchos años. Estaban al otro lado del tajo de San Antonio entonces en despoblado, bastante retiradas de las últimas casas ubicadas entonces en la actual calle González Ortega por donde iba la espuela del ferrocarril a los patios de la fábrica La Amistad. Allí se levantaron para librar a la población del humo pestilente a hule quemado que despedían los hornos de la guayulera. Aparte de estas factorías el alemán Otto Boeringh instaló otra guayulera por esos rumbos y don Miguel Martínez tenía un establo en la falda del cerro de La Pila. Más tarde, establecieron la Casa Redonda y apareció un grupo de chozas que llamaron El Ranchito. Era todo lo que había, lo demás era la llanura manchada por mezquites y huizaches.

Un hombre de avanzada edad que vive por la Victoria frente a las ruinas industriales, cuenta que el despepite después de estar mucho tiempo inactivo, los hermanos Chamuť de Torreón lo compraron en 1940 y luego de repararlo lo echaron andar durando siete años en actividad. Un día desmon-

taron la maquinaria y se la llevaron a Los Mochis.

En la actualidad de lo que fue el despepite queda en pie un alto tejabán y un jacalón que amenaza en desplomarse, y de la guayulera solamente quedaron las piletas. Estos restos se localizan en un corralón que ocupa toda la manzana donde guardaban camiones y automóviles al parecer descompuestos.

LOS INDIOS DE SANTA ROSA

Manuel Torres es un antiguo chofer que trabajó en los sitios de autos en Gómez y que se ha jubilado así mismo. Ahora se dedica a enseñar a la gente a que sean competentes conductores de automóviles.

Platica Manuel que hace muchos años cuando todavía iban a la escuela, junto con Encarnación Ramírez, Daniel Alamillo y José Ramírez Huizar una mañana se " echaron la vaca " y se fueron a pasarla en las ruinas de la que había sido la hacienda de Santa Rosa con la esperanza de agarrar viva una ardilla o un camaleón, o de perdido matar lagartijas a pedradas.

Las ruinas de la vieja hacienda como se sabe estaban en la falda del cerro del mismo nombre. Los muchachos en su recorrido por los restos de casas encontraron por casualidad la entrada de una cueva que atravesaba el cerro de lado a lado; la salida daba a la cañada que forman el Santa Rosa con el Calabazas. Frente a este cerro, río de por medio, en el lado opuesto hay otro cerro, entre ambos está la presa del Calabazas- donde decían había una caverna tan amplia que cabía muy bien un hombre a caballo. Es posible que las concavidades que existieron en estos cerros se hayan formado

a través de muchísimos años debido a las impetuosas avenidas del río Nazas. Con el paso del tiempo las entradas se cubrieron de arena y tierra.

Pues bien, siguiendo con el relato de Manuel Torres dice que su abuelo contaba que una noche clara de luna andando en busca de un burro extraviado vió salir de las ruinas de Santa Rosa una hilera de indios a caballo; iban encuerados con la cara pintarrajeada con rayas negras y rojas. Por esos días una banda de indios se dedicaba a cometer fechorías en los límites de los estados de Coahuila y Zacatecas. El abuelo de Torres y otros ancianos aseguraban que los indios no eran tales sino bandoleros disfrazados que aprovechaban la fama que dejaron las hordas de apaches comandadas por el jefe Jerónimo que venían de las llanuras del oeste americano y llegaron a incursionar en tierras laguneras arrasando con lo que encontraban a su paso sembrando terror en ranchos y poblados como Mapimí que fue víctima de su barbarie

Los falsos indios al cometer sus desmanes se perdían en las ruinas de Santa Rosa como si se los hubieran tragado la tierra; y es que al llegar desmontaban, introduciéndose a la cueva junto con los animales que se habían robado en sus correrías, luego tapaban la entrada y salían al otro lado. Tranquilamente rodeaban el cerro de Calabazas y cruzando el río llevando agua o no, tomaban el camino a Nazareno y atrás de los cerros donde ahora está la fábrica de cemento de Torreón en un pequeño valle oculto en la serranía tenían su campamento. Explica Manuel Torres que el rodeo para llegar a las ruinas de Santa Rosa y aparecer y de

saparecer era para desorientar a sus perseguidores en caso de que los siguieran.

Un día, los bandidos llegaron a un rancho overjero cercano a otro llamado Efigenia y no conformes con robarse los animales que encontraron, prendieron fuego a los jacales y mataron a hombres, mujeres y niños. La matanza llenó de indignación a los laguneros y en ánimo de todos prevaleció la idea de poner un hasta aquí a los crímenes de los falsos indios.

Es de suponer que el terrateniente Julio Luján ordenó al administrador general de sus haciendas José de Jesús Campos mejor conocido como Cheché Campos que reuniera un grupo de hombres decididos y no regresar hasta acabar con los bandidos. Digo esto porque Manuel Torres cuenta que Campos salió en persecución de los forajidos como jefe de acordada, de lo que no hay antecedentes que Cheché desempeñara ese cargo.

Sea como fuera, el caso es que Cheché Campos y sus hombres anduvieron rastreando los movimientos de los bandidos hasta descubrir la madriguera perdida en la montaña y una noche los sorprendieron y no quedó uno para contarlo. Torres dice que encontraron ahí más de 500 animales entre reses, borregos y burros, listos para venderlos en Zacatecas.

Le dije a mi informante que no recordaba haber oído platicar a los viejos de semejantes hechos. Manuel me contestó que de veras tenía mala memoria porque hasta el ciequito del arpa en la cantina Montecarlo, cantaba el corrido de los indios de Santa Rosa.

EL PERRO DEL PARQUE

Fué en la inolvidable década de los años veinte. Entre las palomillas que frecuentaban el parque Morelos corrió el rumor que por las noches al filo de las 24 horas, al escucharse la última campanada en el reloj municipal del mercado se aparecía un perro negro; era grande y arrastraba una gruesa cadena. Los muchachos dizque más valientes se aprestaron a presenciar la aparición del misterioso can, descubrir su origen y causa, para acabar de una vez con ese cuento que hacía sonreír a las personas mayores, y a los chicos al escucharlo hacía que se les enchinara la piel.

En aquellos años el uso de la luz eléctrica no estaba generalizada. La mayoría de los hogares de la pequeña población se alumbraban por las noches con quinqués que la gente llamaba aparatos de petróleo, cachimbas, linternas y velas. La planta de vapor de la compañía de luz, solamente proporcionaba energía para poner en movimiento los tranvías, iluminar algunas bocacalles y la fuerza sobrante se repartía en algunos comercios y casas de los ricos.

Por consiguiente, las noches en el parque estaban casi a oscuras, solamente un solitario foco desparramaba su luz macilente a su alrededor, alumbrando apenas parte del andador donde pendía la lámpara de un poste. El andador con piso de ladrillos refractarios cruzaba el parque diagonalmente a un lado del quiosco de madera que se cayó de viejo.

Pues bien, por ese andador a las 12 de la no-

che se aparecía el perro negro de este relato arrastrando una cadena de gruesos eslabones de hierro y al pasar por el tramo iluminado se veía perfectamente y luego se perdía en la oscuridad; eso era lo que contaba la gente que aseguraban haberlo visto. Los muchachos al principio mencionados varias veces estuvieron al acecho esperando la aparición del misterioso perro, pero nunca lo vieron. Se tiraban en el fondo de las acequias sin agua protegidos por plantas y arbustos, infructuosamente. Pero una noche pasaron el gran susto. Apenas perdido el eco de la última campanada de medianoche, oyeron claramente un ruido de algo que chocaba contra el piso enladrillado del andador: tan, tan, tan, oían; ya estaban listos para correr cuando vieron pasar frente al poste donde colgaba el solitario foco a un músico que tocaba el trombón en la orquesta de Valeriano Gallegos y que por faltarle una pierna usaba una pata de palo provocando el ruido que escuchaban. El susto desapareció en los muchachos y los nervios alterados se fueron calmando; pero por aquello de las dudas ya no regresaron por las noches al parque, abandonando el descubrimiento del misterioso perro.

Pronto pasa el tiempo, hace más de 65 años de las apariciones del perro negro en el parque. Popo es un señor afable que tiene un estanquillo de lonches y sodas en el paseo. Siendo conocidos lo visito con frecuencia y entablamos conversación. Un día le platiqué del perro que contaba se aparecía por las noches en el parque y el susto que nos dió el músico de la pata de palo. Al principio me vió con sorpresa y luego ya calmado contó lo siguiente:

te.

“Don Pablo Hernández -ya jubilado- es un anciano que por muchos años fue el velador del parque. En su trabajo de vigilante nocturno llegaba al oscurecer y al día siguiente temprano, concluía su jornada. Pasaba las noches cerca del estanque de aguas lamosas para estar al pendiente de los patos que pasaban la noche en sus albergues. Una noche, don Pablo vió por primera vez al perro; era grande y el color de su pelambre era negro como el azabache. Lo vió perfectamente porque las farolas eléctricas encendidas lo permitían; caminaba lentamente y después se perdía entre los arbustos del prado donde estaba la vieja e inservible noria. Varias veces se le apareció el perro negro al vigilante y aunque lo buscaba con un garrote en la mano, nunca lo encontró”.

Luego de una pausa, Popo continuó la plática.

“Pasando la calzada frente al parque, en una casa azul de dos pisos vive el señor Manuel Padilla. Dicho señor dice que algunas ocasiones en altas horas de la noche ha visto un perro negro que aparece y de pronto desaparece en el lugar donde el velador llegó a verlo. Intrigado por las apariciones del perro el señor Padilla varias veces ha venido al parque y en vano lo buscó por todas partes. Hago la aclaración que don Manuel no sabía de las apariciones al anciano Pablo Hernández”.

Y así como me lo contó Popo, lo cuento.

AGUA DEL PANTEON COMO REMEDIO

A Eulalio Campos le decían El Chivero porque de chico en el rancho donde vivía cuidaba chivas. Trabajaba de fongonero en las máquinas del ferrocarril y cuando la escobariada -rebelión de generales encabezados por José Gonzalo Escobar contra el gobierno en 1929- Campos iba trabajando en un tren carguero que quedó embotellado en la estación Rellano por los combates de las tropas federales contra los escobaristas. La batalla fue terrible y los rebeldes huyeron como pudieron por la llanada en completa derrota. Eulalio Campos recibió tal impacto en su organismo por el miedo a morir por alguna bala de las miles que se dispararon que en la mano derecha le quedó un temblor que en lo sucesivo le impidió jugar al billar.

No faltó quien aconsejara al Chivero que la temblorina se le quitaba con ir al panteón al filo de la media noche y tomar agua de la noria que entonces existía. Le decían a Campos que no cualquiera lo hacía por el temor que se le apareciera algún difunto, por lo tanto al hacerlo, los nervios se le templarían y podría terminar con el temblor de la mano, porque un susto quita otro.

Eulalio Campos llegó una noche a la Plaza de Armas con dos botellas de tequila y desde luego invitó a la palomilla a entrarle al chupe. Esa noche la palomilla eran cinco muchachos -yo uno de ellos- y don Juan Medina, un señor de edad, chaparrito, que vendía dulces, revistas y periódicos en un estanquillo por la Morelos a media cuadra de la plaza. Antes de las 12 de la noche ya estábamos a me-

dios chiles y El Chivero que ya tenía su plan trazado invitó al grupo a visitar el panteón explicando con que fines, y nosotros envalentonados por los tragos aceptamos de inmediato, ya que ir al cementerio en altas horas de la noche, no es cosa de quitar el sueño.

El fogonero del ferrocarril contrató por tiempo a un coche de caballos en el sitio de la plaza para que nos llevara al camposanto. Nos acomodamos como mejor pudimos en el carruaje. Al llegar al puente Vivos y Muertos sobre el tajo de San Antonio, nos encontramos a dos policías de la montada que nos conocían; al enterarse el motivo del viaje y luego de echarse unos fogonazos de tequila se ofrecieron acompañarnos como escolta para mayor seguridad.

Llegamos al panteón. Como la puerta estaba cerrada, los muchachos y don Juan Medina brincaron la barda y se encaminaron a la noria que estaba a un lado de la capilla o "descanso de los muertos" para con el burro de madera sacar agua del pozo y la tomara El Chivero atacado de la temblorina. Yo me quedé sentado sobre la pared de adobes y en la parte de afuera cerca de mí, quedaron los gendarmes a caballo.

Se vino encima la media noche esperada y aunque la luna no había salido, la noche era clara y el camposanto estaba tranquilo. De pronto un airecillo frío comenzó a soplar haciendo chocar las coronas de flores artificiales contra las cruces de madera en las sepultura produciendo un extraño ruido. El miedo comenzó a meterse en los cuerpos

y como dicen que es contagioso a lo mejor se lo pasamos a los caballos porque al rato estos pararon las orejas y comenzaron a inquietarse. Uno de los policías dijo al otro:

- Mira en aquella esquina parece que anda alguien, tú vete por este lado, yo me voy por el otro a ver si podemos agarrar a ese amigo.

Tanto miedo sentía que no me atreví a mirar la esquina de la barda del panteón. Los jinetes espolearon sus cabalgaduras y se fueron a dar la vuelta completa al recinto de los muertos.

Eulalio Campos y sus acompañantes al escuchar el galope de los caballos, corrieron y encaramándose sobre la barda la pasaron, llegando al coche, donde ya estaba yo al amparo del cochero que cogía firmemente el chicote como defensa si se le antojaba al fantasma o lo que fuera aparecer ante nosotros. Luego se oyeron gritos desaforados de auxilio dentro del cementerio; era el chaparrito Medina que por su corta estatura y la desesperación no alcanzaba a salvar la barda. Rescataron al atrapado y todos nos sentimos más seguros cuando el carruaje inició el regreso.

Llegaron los de la montada y comentaron que no habían encontrado a nadie, pero que estaban seguros de haber visto "un aparecido" o fantasma que andaba penando por el cementerio. Al regreso, lo borracho se nos quitó y no sabíamos si la cruda o el miedo nos atosigaba porque algo raro sentíamos. En cuanto al Chivero siguió con la temblorina en la mano, sin poder jugar al billar.

DE APARICIONES Y FANTASMAS

Antaño, en la época de calor había la costumbre en las familias que al terminar de cenar y poner en orden la cocina, salir con sillas o bancos a sentarse en las puertas de las casa para comentar lo acontecimientos del día en la comunidad. Además era agradable descansar afuera y disfrutar de la brisa del verano, en contraste con el bochorno interior de las habitaciones.

Grupos aparte formaban los muchachos con la tía o la abuela escuchando relatos de fantasmas o aparecidos que las ancianas a través de tantos años vividos los vieron o por otras personas supieron de sus apariciones. Nerviosos los chicos o las chicas con mayor razón, extendían la vista a las esquinas cercanas creyendo ver fantasmas al acecho. Posiblemente debido a esas historias de apariciones misteriosas oídas muchas noches en la lejana niñez influyera a que muchas personas estuvieran propensas a creer en la existencia de fantasmas o seres del más allá, que según la sabiduría de los entendidos en esas cuestiones, eran almas en pena pagando pecados cometidos en vida.

Hace muchos años, una mañana amanecieron trazadas con cal o pintura cruces blancas en no pocas puertas de las casas de Gómez. Las mencionadas cruces fueron pintadas por los vecinos en sus respectivas casas para ahuyentar a los fantasmas que en altas horas de la noche andaban asustando gente en las calles solitarias de la pequeña población. Contaban que algunos noctámbulos habían visto a una mujer alta, vestida de blanco vagando

por las calles y llorar a grito abierto; decían que sin duda se trataba de La Llorona que desde el tiempo que se pierde en la memoria anda llorando por la muerte de sus hijos. En cambio los que no creían en esas cosas afirmaban que la tal Llorona era un desocupado que desempeñaba tan bien su papel como si fuera un actor profesional.

Terminadas las apariciones de La Llorona le tocó su turno al Vampiro a quien por cierto nadie lo vió y el rumor pronto fue olvidado.

El hecho de pintar cruces en las puertas con motivo de las apariciones demostraba que la gente especialmente las mujeres guardaban en su mente el recuerdo de relatos o leyendas de fantasmas escuchadas tantas noches en la infancia, volviendo hacerse presentes los temores de antaño.

A consecuencia de un accidente ocurrido en el crucero del ferrocarril con la carretera del Auto Club de la Laguna llamado el 1140 precisamente en el lugar donde ahora está el paso a desnivel, cuando un automóvil donde viajaba una familia muy conocida de Torreón que venía por la carretera se atravesó al paso del tren perdiendo la vida los ocupantes del vehículo comenzaron a decir que en el trágico crucero por las noches se aparecía una mujer vestida de negro.

Manuela Pulgarini era una joven popular por su afición al beisbol. Pues bien Manuela juraba y perjuraba haber visto parada a un lado del fatídico crucero a una mujer enlutada; eso pasó algunas noches cuando venía como pasajera en un auto ruletero de Torreón a Gómez y ponía como testi-

gos de su dicho a personas que viajaban en el mismo vehículo.

Soltaron el cuento que algunos ruleteros al ver a una mujer vestida de negro parada en el crucero, creyendo que era una probable cliente habían detenido el auto y al voltear la cara para llamarla ya no estaba. Después los ruleteros que llegaron a ver a la misteriosa mujer no se paraban ante el temor de encontrarse con un ser sobrenatural. No terminaba ahí la leyenda; aseguraban que cierta ocasión un ruletero distraído o porque no recordó las apariciones de la mujer en el 1140, ante la señal que le hizo una señora detuvo el carro, la pasajera tomó asiento en la parte de atrás; al emparejar con la "hielera" volteó el chofer para preguntarle a la mujer que donde se bajaba, con gran sorpresa se dió cuenta que había desaparecido.

También platicaban que más allá de las compuertas del tajo de La Línea en la carretera que vá a Lerdo, varias personas habían visto una carroza fúnebre con caballos negros que trotaban rumbo a la mencionada ciudad, al tratar de alcanzarla para ver quien la conducía, de repente se desvanecía.

EL GRAN SUSTO

A veces suceden hechos reales que al no ser investigados debidamente origina que de plática en plática, tales hechos acaban por terminar en leyenda de "aparecidos" o fantasmas.

De eso han pasado muchos ayeres.. Por la Escobedo entre las calles Aldama y Rayón en el mero barrio de La Patria, vivía un matrimonio que tenía tres hijos; dos de ellas mujeres y un varón. La mayor de las hijas fue una señorita que padeció una larga enfermedad hasta su muerte. Posiblemente el padecimiento de la joven fue cáncer, enfermedad que hasta donde recuerdo nunca la oíamos mentar; quizá fue conocida con otro nombre. Creo que era cáncer porque la enferma se quejaba mucho y al último daba gritos que sin duda era debido al fuerte dolor que sentía. Primero los lamentos y luego los ayes de dolor se escuchaban en el transcurso de las 24 horas del día.

Casi siempre sentaban a la señorita enferma en una mecedora ante la ventana que daba a la calle y al comenzar a gritar la retiraban al interior de la casa. El aspecto de su rostro era ya cada-vérico, de cuando en cuando su hermana que era una adolescente venía a espantarle las moscas y limpiar el pálido semblante. Los fuertes lamentos y su triste aspecto fueron sembrando el temor entre los vecinos especialmente por las noches y procuraban no pasar a esas horas frente a la casa de la enferma, prefiriendo dar un rodeo.

Ya en esa época de nuestro relato no estaba la zona de los burdeles en el barrio de La Patria; al irse levantando nuevas construcciones en los terrenos desocupados existentes dejó de ser la orilla de la población y la zona fue cambiada frente al final del cerro de La Cruz y de este lado del camino real.

Una noche,, un grupo de jóvenes noctámbulos venía de la zona por la Escobedo y al llegar a la esquina que hace con la Rayón se pararon a escuchar los tamborazos -que se oían claramente- de los grupos musicales que tocaban en los salones de baile de los lupanares. En ese momento un grito pavoroso de dolor se escuchó en esta parte del barrio. La mayoría de los jóvenes de tanto pasar la calle Escobedo sabían de la enferma, explicando a los que ignoraban de que se trataba; que tomaran la cosa con calma y proseguir el camino por la acera de enfrente o bien irse por otra calle. Sin embargo un joven que trabajaba en la Casa Redonda se empeñó en auxiliar a la señorita enferma acercándose a la ventana ofreciéndose ir al instante por un médico; se levantaron los familiares y encendieron una vela, dándole las gracias por su voluntad en ayudar pero ya la enferma tenía tiempo con su padecimiento y la atendía el doctor de la familia. La luz temblorosa de la llama de la vela iluminó brevemente la cara de la señorita y al verla el ferrocarrilero cayó al suelo desmayado y el que en verdad necesitó el médico fue él. Contaban que debido al susto recibido, el joven a los pocos meses falleció.

Tiempo más tarde, la señorita enferma se quitó de padecer al irse de este mundo. Desde luego comenzaron los rumores en el barrio; que algunas personas llegaron a ver a la difunta sentada en la mecedora ante la ventana de la casa y otras que les parecía haber escuchado los lamentos de la enferma-

EL GATO ANTONIO

Hace muchos años vivió en Gómez Palacio uno de los personajes más pintorescos que hubo en la ciudad. Nos estamos refiriendo al Gato Antonio. El apodo le quedó a la perfección a aquel individuo sin par que tenía la virtud de odiar con toda su alma al trabajo. Antonio era alto, de compleción casi robusta, la redondez de su cara y los ojos maliciosos de un color raro gris verdoso, le daba el aspecto de un felino. La gente decía que era un enorme gato andando en dos patas.

Una vez El Gato cometió el desatino de pretender trabajar en la Casa Redonda como ayudante de mecánico que no faltó quien le consiguiera la chamba. Unas cuantas jornadas cargando pesados repuestos de locomotoras entre el calor y el aceite lo volvieron a la realidad definitivamente. Sencillamente El Gato Antonio no había nacido para ganarse el pan con el sudor de su frente y con dignidad renunció al empleo, arrojando el overol manchado de lamparones de aceite a la basura. Y desde entonces llegó a la conclusión que estaba predestinado a ser un abnegado burócrata sacrificándose para bien del pueblo; a ser un cumplido servidor público para siempre. Esta decisión la tomó más que nada porque se dió cuenta que la mayoría

de los empleados del gobierno ganaban el salario sin ningún esfuerzo. Con el propósito de lograr eso Antonio le entró a la política uniéndose a los grupos que andaban tras el candidato oficial y como siempre acontece era el seguro ganador. El Gato por su destreza en hacer chanchullos en las elecciones a favor del candidato de la cargada, a la hora de triunfo le tocaban nombramiento de inspector o administrador de departamentos inexistentes; ya era pues, lo que ahora se conoce como aviador. En varios gobiernos municipales Antonio cumplió eficientemente su empleo de no hacer nada, solamente molestarse en cobrar cada quincena su sueldo.

En otro aspecto de su placentera existencia El Gato era muy listo no se le escapaba nada; sabía de la vida de los demás con pelos y señales; era como San Alejo que es fama lo sabe todo. Por su aversión al trabajo llegó a ser víctima de pesadas bromas de parte de sus amigos -algunas de mala intención- pero Antonio siempre tenía la contestación rápida y certera, adecuada para el atrevido.

Cuando en la Plaza de Armas en alguna banca se reunían los viejos de antaño buenos para la mentira y el chisme, no faltaba alguno que tratara de poner en entredicho al Gato ante los demás.

Cierta tarde uno del grupo le aventó lo siguiente:

- Gato, que no te dá vergüenza que la pobrecita de tu mamá tenga que hacer pasteles para venderlos y con ello darte de comer y vestirte, ya que nunca has querido trabajar.

De inmediato contrató el aludido.

- Es cierto, mi madre hace pasteles y dices que para mantenerme, pero de que te admiras¹ si tampoco trabajas y tus hermanas para no morir de hambre junto contigo,¹ andan de putas.

En otra ocasión, otro de los presentes la agarró contra El Gato y le estuvo¹ dando carrilla por unos momentos.

Cuando Antonio habló solo dijo estas palabras.

- Dime quien fue el que en tiempos de la revolución y el hambre puso¹ una matanza de burros al otro lado del cerro de La Cruz.

Una carcajada general premió el oportuno quite del Gato.

En realidad la matanza de burros clandestina -ya que estaba¹ prohibido vender carne de esos animales- no tenía importancia porque la carne de pollino aunque es algo aceitosa y correosa hecha chicharrones o puesta a secar al sol y asada sobre las brasas es un alimento que se puede comer; en México venden trozos de carne frita de burro con el nombre de "chitos".

El asunto fue que el señor que puso la matanza de burros era el juez y en aquellos tiempos era mal visto¹ que los funcionarios públicos emprendieran negocios particulares y menos estando prohibidos mientras ocupaban el cargo. Las cosas eran diferentes, había otro concepto de¹ verlas.

Al amigo que El Gato sofocó con la matanza de burros era hijo del juez que la puso.

EL CALANDRION

De entre el personal que prestaba sus servicios en la Casa Redonda de la localidad, destacaba por su popularidad el mecánico Alfonso Martínez mejor conocido como El Calandrión. Era blanco, alto, de constitución mediana, pero sobretodo era bueno para bailar. Se lucía en las salas de baile particulares que entonces se localizaban por distintos rumbos de la pequeña comunidad. Valses, polcas, de punta y talón, tangos, etc., todas las facetas del baile dominaba El Calandrión.

Una vez se efectuó en el foro del teatro Unión un concurso de baile de resistencia para ver cual pareja aguantaba más horas bailando sin descansar salvo los pequeños intervalos de suspensión usuales en estos maratones para satisfacer necesidades apremiantes. El Calandrión llevando como compañera a una muchacha de Torreón que parece se llamaba María Moreno, luego de más de 40 horas de bailar y al último casi arrastrando los pies, fueron la pareja triunfadora obteniendo el premio ofrecido y el título de campeones.

En los fines de fiesta de la compañía de Ema Duval en el teatro Unión El Calandrión bailaba con alguna de las tiples y a veces hasta con la Duval que era muy hermosa coupletista; se armaban entonces tremendos escándalos que el presidente municipal en esos días que era el campesino Casimiro Domínguez prohibió los fines de fiesta con El Calandrión..

Platicaba Alfonso Martínez que Oscar García -cobrero de la Casa Redonda- invitó a un grupo de amigos a ir a un baile. Ya anochecido llegó Oscar con sus 20 amigos a la casa donde se efectuaría, y adelantándose tocó la puerta.

- Quien es.

Preguntaron desde adentro.

El supuesto invitado contestó.

- Oscar García y 20 de sus amigos.

Al rato abrieron la puerta y dijeron.

- Que entren los 20 y Oscar García que vaya...

Por ser impropio no completamos la frase.

Una mañana, llegó El Calandrión al parque de béisbol de La Esperanza donde se iba a celebrar un encuentro entre las novenas de la Jabonera y el 1142. Alfonso venía solo y en vez de venirse por la calzada que conducía a las gradas de los espectadores atravesó el campo del outfield sembrado de pasto. Nuestro hombre venía caminando con pasos para un lado y para otro, no faltando quien dijera que El Calandrión venía practicando un nuevo baile. Al llegar a ocupar su asiento le hicieron saber lo que antes se había comentado y El Calandrión dijo:

- Que ensayando nuevos pasos ni que nada, lo que pasó es que venía pisando con cuidado esquivando a los "toritos" porque traigo las suelas de los zapatos agujeradas.

Los toritos son bolitas, con espinas que crecen en el pasto.

Tengo la seguridad que no terminan con esto, las anécdotas de aquel personaje popular de antaño que fue Alfonso Martínez conocido como El

Calandrión.

QUICO ESPINO

Francisco Espino fue una de esas personas que hicieron notar su presencia en nuestra pequeña población provinciana de antaño por sus actitudes o comportamiento dejando un recuerdo que todavía perdura en las conversaciones de los ancianos que tuvieron la oportunidad de conocerlo. Le decían el Curro Quico no porque anduviera elegantemente vestido, sino porque en sus pláticas al referirse a alguien lo mencionaba como el curro fulano de tal. Gustaba en demasía de las bebidas espirituosas por lo que no tuvo tiempo para dedicarse a trabajar dejando a otros esa molesta costumbre.

En los grupos de amigos que se reunían en las cantinas a perder el tiempo y a la vez entrarle al chupe Quico era bien recibido. Al llegar a la tertulia no faltaba quien de los presentes ordenara al cantinero que le sirvieran lo que quisiera. Espino se conformaba con una o dos copitas de sotol y luego se despedía amablemente de los que integraban el grupo. Al salir de la taberna se encaminaba a otra donde se repetía la historia y así continuaba; considerando que ya se estaba pasando de achispado se retiraba a su casa a reponerse de los fogonazos que se echó, debido a este procedimiento a Quico Espino nunca lo vió la gente pasado de copas tambalearse por las calles, si acaso se le llegó ver caminar con pasos un tanto inseguros. Por consiguiente no llegaron a verlo ti-

rado a consecuencia de los tragos tomados; era un bebedor moderado. Fue un tipo simpático, de buen carácter, jovial. No fue un vulgar briago, prueba de ello que la cara no se le abotagó como a los teporochos.

Conocí a Quico desde cuando era un hombre joven y yo un muchacho. Si bien andaba vestido humildemente, su ropa siempre lucía como recién lavada. Se expresaba con propiedad y nunca soltaba palabrotas a pesar de la euforia debido a los soteles; era lo que llaman una persona educada. Decían que había sido un brillante estudiante en el Ateneo Fuente de Saltillo; se recibió de tenedor de libros y dejó constancia de ser un hombre bueno a pesar de sus debilidades, una de ellas andar siempre a medios chiles.

UN PERSONAJE SINGULAR

En Gómez Palacio existió un personaje que desempeñaba labores que no cualquiera se atrevía a hacerlas, como era limpiar letrinas conocidas antaño como excusados y pintar altas chimeneas que entonces se elevaban de las muchas fábricas que había, ya que para mover las máquinas tenían sus propias plantas de vapor alimentadas con carbón mineral y de ahí el uso de chimeneas.

Nuestro hombre era un individuo de mediana estatura, cuerpo regular, cara morena siempre sonriente que lo hacía simpático a los demás; no decimos su nombre porque puede haber algún familiar que no esté de acuerdo en que se publique,

luego mejor lo dejamos así; aunque los pocos viejos que aún viven si leen este relato, saben de quien se trata.

En aquel tiempo no había en la ciudad redes de agua entubada y mucho menos drenaje. Para hacer necesidades corporales, la gente construía en rincones de los corrales de sus casas un cuarto con un pozo alargado que tenía un cajón de madera con aberturas donde se sentaba la gente "a hacer del común o del excusado" y que ahora dicen "voy al baño o al water"; esas letrinas se usaban en los hogares de los pobres que eran la mayoría. En las casas de familias más o menos acomodadas construían fosas sépticas además con paredes de ladrillos y en el fondo ponían capas de arena, cisco de carbón y cal a donde llegaban las materias conducidas por agua y luego de pasar por quien sabe que reacciones químicas se filtraban en el subsuelo. Para el funcionamiento de las fosas sépticas se colocaban tuberías en las norias y extraían el agua con bombas accionadas a mano y en los hogares de los ricos con pequeñas plantas de combustión interna como la gasolina; de esa manera el agua subía a los tinacos o tambos colocados en la azotea donde bajaba a las regaderas y a los sanitarios antiguos que eran de fierro.

Al llenarse los excusados había necesidad de sacar la inmundicia e ir a tirarla lejos de la población. Antes de la medianoche en un carretón de dos ruedas tirado por un par de caballejos que dormitaban mientras llenaban las barricas arriba de la carreta, comenzaban a echar vueltas hasta que el pozo quedaba limpio. Amarraban un lin-

terna encendida atrás del carretón que con el vaivén del viaje iba bailando; al divisarlo los trasnochadores sabían que ahí iba el carretón cargado de inmundicias y le sacaban la vuelta para escapar de los olores, murmurando si iban solos o comentando si iban con algún compañero: "Ahí va el caballo".

Uno de esos hombres que se dedicaba a esa ingrata tarea era el personaje de nuestra historia que aparte de ello también limpiaba y pintaba chimeneas; encaramado como un gato sobre una pequeña tabla sostenida por garruchas y gruesas sogas iban dando vuelta alrededor de la chimenea que luego de limpiarlas las embarraba con pintura negra. Con el desempeño de esos trabajos especiales que eran bien pagados y aunque se efectuaban de cuando en cuando, ganaba lo suficiente para sostenerse entre chamba y chamba.

Tenía su propia filosofía de su comportamiento. Platicaban que una ocasión, Santiago Fuentes que trabajaba de bodeguero en el express del ferrocarril, encomendó a nuestro personaje que aseo-
ra el chiquero donde engordaba un marrano en el corral de su casa; al terminar con el encargo salió campante por el zaguán y de paso se llevó el foco que ahí pendía del techo. Pasados algunos días el señor Fuentes se encontró con el hombre y le reconvino por haberse llevado el foco, recibiendo la siguiente contestación:

- Chago, tu tienes la culpa, a quien se le ocurre a ocuparme y llevarme a su casa conociéndome como me porto, no pude dominar mi manera de ser y date de santos que no me llevé cosas de valor sino un simple foco que no vale nada; y lo hice por-

que deveras te estimo.

Hasta donde sabemos, los que lo conocimos tenemos entendido que tuvo dos hermanos; uno que tocaba el violín en la orquesta de Luis López y lo hacía tan mal como el resto de los músicos y que por ello gozaban de merecida fama como maletas en la población; el otro hermano era el más chico y que de muchacho vendía periódicos y después ya grande trabajó en los tranvías hasta su desaparición.

MELCHOR RIVAS Y SU AMIGO

Melchor Rivas era un peluquero alto, flaco, que vivía en Lerdo pero toda su vida o buena parte de ella, se la pasó trabajando como oficial en diversas barberías de Gómez. Le gustaba disfrutar la vida nocturna provinciana, si se puede llamar así al simple hecho de pasarse la noche jugando dominó en una cantina cuando estas no cerraban sus puertas en las 24 horas, es decir las que podían pagar al municipio la cuota por el permiso nocturno; o en la misma cantina tomar la copa platicando con los amigos; o en última instancia ir a la zona de tolerancia -antes que desapareciera- y entre borrachos y prostitutas esperar que amaneciera para encaminarse a la parada del tranvía, abordarlo y llegar a la casa a reponerse de la desvelada, donde su hermana intranquila lo esperaba.

Si bien a Melchor le gustaba empinar el codo casi diariamente no era un borrachín. Trataba de componer el mundo a su manera y para ello leía

lo que encontraba a la mano, ya fueran libros, revistas, periódicos, etc. Ello le era de gran utilidad como material para sus charlas con los clientes al cortarles el pelo o destroncar la barba.

Cuenta Raymundo Acosta que Melchor Rivas era amigo del poeta Octavio Rivera y de Bernardo Olagaray, oficinista del ferrocarril. Los tres se enfrascaban en largas e inútiles discusiones.

Antaño, modestas carpas de teatro recorrían el país presentando dramas, comedias y la variedad o fin de fiesta de la función con cantantes, bailarinas y cómicos. Las carpas se instalaban en lugares apropiados y las representaciones eran del agrado de la gente ya que en aquel tiempo escaseaban los lugares de diversión o esparcimiento. Las buenas entradas a los humildes espectáculos de las carpas hacía que la temporada se alargara y los artistas convivían con la comunidad siendo bien recibidos.

En una ocasión la compañía española de Emilia Benito levantó en terrenos del ferrocarril -que era un gran llano deshabitado en contraesquina del actual hotel Monarrez y que en aquel tiempo se llamaba América- su carpa y algunos de los artistas se hospedaron en el hotel mencionado antes que administraba el señor Rafael Unzueta.

Por la calle Centenario al lado del antiguo teatro Unión había una pequeña cantina llamada Saloncito Unión a donde Melchor Rivas acostumbraba ir a "echarse la de mediodía" y que a veces se prolongaba toda la tarde. Platica Carlos Torres Cháirez que "una vez, estando con Melchor y Enrique Frías en la mencionada cantina entró un joven no

muy bien vestido que digamos y al fijarse en Rivas se acercó y saludó; a invitación del peluquero aceptó tomarse un tequilita, estuvo un rato con nosotros y se despidió”.

Melchor explicó a sus amigos que el joven era uno de los cómicos de la carpa Benito, donde representaba papeles de borrachín o peladito y que en la cantina donde estaban lo había conocido, porque todos los días iba a tomar una o dos copas; usaba en su trabajo un apodo que pronto olvidaron, ya que nada significaba para ellos.

Siguiendo con el relato, contaban que el humilde cómico conocido de Melchor Rivas por no tener dinero para pagar el hospedaje en el hotel América el señor Unzueta no le quiso entregar sus maletas, hasta el tanto no cubriera lo que debía. Suponen que Melchor entró al quite arreglando el problema entre el artista y don Rafael; ignorando de que cosa se valió para hacerlo, porque desde luego con dinero no fue ya que Rivas era un pobre declarado y ni modo que alguien se lo prestara. El caso es que el problema se solucionó.

Pasaron los años. Un día llegó a Gómez Palacio un tipo muy bien vestido en busca de Melchor Rivas; no faltó quien dijera que era el famoso torero cómico que había llenado de bote en bote la plaza de toros de Torreón al presentarse el domingo pasado, y que era el mismo humilde artista de carpa conocido de Melchor, de quien recibió ayuda para resolver el lío con el administrador del hotel. Al encontrar el cómico a Rivas lo invitó a visitar el Saloncito Unión.

Dicen que ahí le ofreció ayuda para que Mel

chor fuera a México y pusiera una peluquería elegante o le conseguiría trabajo como peluquero de los estudios Churubusco que en fin no faltaría la manera de ayudarlo para que mejorara sus condiciones de vida. Rivas no aceptó el ofrecimiento contestando que nunca abandonaría su tierra. Añaden que al despedirse el tipo bien vestido dejó sobre la mesa un fajo de billetes.

Esa noche Melchor Rivas el bohemio incorregible invitó a sus amigos a darle vuelo a la hilacha en las tabernas y entonces supieron que la persona que dejó el dinero era el genial cómico Cantinflas y que ahora si recordarían el famoso apodo, que la otra vez nada significó para ellos.

MUERA FRANCISCO VILLA

Todos los días iba y venía por la calle Escobedo un anciano que al caminar se apoyaba en una pata de palo fabricada de la rama gruesa de un mezquite. Le faltaba la pierna derecha perdida al recibir un balazo que se la destrozó. Fue en un combate durante la revolución cuando andaba con Pancho Villa, según lo pregonaba a gritos.

Algunas veces al viejo se le pasaban las cucharadas en las cantinas o en los "charquitos" del rumbo del mercado, y entonces venía por la calle haciendo zetas y pegando gritos al recordar los años que anduvo en la revolución si es que anduvo. Se paraba en las esquinas de la calle y con voz potente gritaba.

"Viva Francisco Villa que es el padre de más

de cuatro”.

Y seguía su camino con gritos por el estilo.

Al emparejar el anciano de la pata de palo frente a nuestra casa al terminar con el último grito de vivas al formidable guerrillero, a distancia un grupo de muchachas le contestaban.

“Francisco Villa era joto, muera Pancho Villa”.

Al oír eso, el hombre se ponía furioso y desesperado por no poder alcanzar a las muchachas provocadoras se agarraba de los barrotes de las ventanas gritándoles recuerdos a sus madres, y con la pata de palo enviaba patadas al aire, inútilmente.

Continuaba su camino el anciano gritando vivas al general Villa, cayendo y levantándose, para que más delante por la misma calle volvía a ponerse lívido de coraje ante las pullas de las palomillas que ya lo estaban esperando.

LA GUAGUINA

La “guaguina” era una moza de buen cuerpo, blanca, y al parecer trastornada de sus facultades mentales. Nadie supo si tenía familiares y si llegó a tener un hogar, únicamente se sabía que su nombre era María Luisa. Andaba vestida casi con harapos y costras de mugre manchaban su piel.

Dicen que a pesar de esos inconvenientes la “guaguina” llegó a tener hijos. Unos se los achacaban a los choferes de la cooperativa Transportes de La Laguna y otros aseguraban que habían sido ferroviarios de la Casa Redonda.

Maliciosamente comentaba la gente que María

después de un buen baño y con ropas limpias era una hembra no despreciable para los apetitos carnales de algunos individuos irresponsables que no les importa dejar niños en el abandono, que solo vienen a sufrir a este mundo.

Sin embargo, hace poco no recuerdo quien me contó una historia que huele a pitarrilla -vacilada-, difícil de creer. Dijo que a la "guaguina" un familiar que vino de México se la llevó donde la curaron y que hace una vida normal al lado de sus dos hijos que se abrieron camino en la vida.

JULIO CAJITAS

En donde quiera que Julio Cajitas se ponía -según él- a cantar con palabras que nadie entendía acompañadas por golpecitos a un botecillo, se formaban grandes grupos de espectadores infantiles como si se tratara de un payaso. Personas mayores que pasaban a veces arrojaban monedas al singular trovador callejero. Estas escenas donde Julio era la figura central fueron presenciadas por mucha gente de la Comarca Lagunera; primero en San Pedro, luego en Gómez Palacio y finalmente en Torreón. Es posible que también haya tenido su público en Lerdo, Matamoros y en ranchos.

Julio Cajitas era un muchacho pobremente vestido, andaba descalzo y sus dientes superiores eran alargados que le salían por la boca, por lo que hablaba defectuosamente como lo hacen las personas que tienen esa clase de defectos. No estaba loco, ni era un retrasado mental, quizá fue un mu-

chacho huérfano castigado por el infortunio. Para sobrevivir a su manera, no le quedó más remedio que deambular por las calles polvorientas de las poblaciones laguneras tamborileando con los nudillos de los dedos y a intervalos golpeando con la palma de la mano un bote de hojalata como en los que venden el aceite de un litro para los motores de los autos, que le servía como instrumento útil y de acompañamiento a los sonidos o voces incomprensibles que alegremente emitía.

Juan Mauricio platica que conoció muy bien a Julio, ya que por mucho tiempo vivió en su casa por la calle Madero 615, a la vuelta del cine Elba. La madre de Juan, la señora María de la Cerda daba permiso a Cajitas de pasar la noche en el corral de la casa, en un rincón al amparo de un tejabán y por lo general le daban un taco a la hora de comer. Le pregunté a Juan como era el comportamiento de Julio Cajitas y contestó lo siguiente.

“Era una persona normal, si bien siempre estaba triste y se desesperaba porque la gente no entendía lo que hablaba. Los pocos centavos que le daban en las calles, eran para comprarse un marro o medio marro de sotol o mezcal y a veces una anforita de tequila, según como le iba. Por las noches al llegar a descansar se sentaba en una piedra bajo el portal y a pequeños sorbos consumía la bebida; tratando de canturrear una tonada y se ponía a mirar el cielo como si contara las estrellas. Julio no tenía problemas para alimentarse, cuando no comía en la casa no faltaba quien le diera un taco; lo mismo con la ropa, no faltaba

quien le proporcionara una camisa o un pantalón fuera de uso y como no se ponía zapatos, en realidad no tenía problemas para irla pasando, así es que el dinero que juntaba era para el chupe todas las noches”.

Y así como llegó un día Julio Cajitas a Gómez sin saberse de donde venía, desapareció para siempre.

EL VILLOTA

Bruno Solís el que fuera propietario de la cantina El Polo Sur tenía buena voz y le gustaba cantar. Pulsando bien la guitarra no le era difícil algunas veces unirse al Trío Bohemio y después al grupo de Julio de la Rosa para llevarles serenatas al pie de sus ventanas a las hermosas muchachas de Gómez de aquellos años.

A lo mejor por esas inclinaciones artísticas Bruno permitía al violinista Manuel Villa tomara como centro de sus actividades exclusivamente El Polo Sur. Los antiguos parroquianos de la mencionada cantina recuerdan a Villa el músico del violín de hojalata y a quien le apodaron Villota porque era un hombre alto y corpulento; tenía un ojo apagado y el otro con una nube, lo que hacía sin duda tuviera dificultad para ver bien.

Muy temprano llegaba Villota al Polo Sur cuando no pasaba la noche dormido en un rincón de la taberna que era lo más frecuente, muy temprano llegaba y ayudaba al cantinero a hacer la talacha y violín en mano esperaba a los clientes y que al-

guno de ellos a pesar del martirio de la cruda le mandara tocar piezas de su preferencia.

Como El Villota seguido se emborrachaba y como además padecía ataques epilépticos, frecuentemente sufría caídas por una causa o por la otra dando por resultado que dos ocasiones destruyera su frágil violín de madera al dejar caer sobre el instrumento su pesado corpachón, no faltó quien aconsejara al músico que para evitar esos inconvenientes mandara fabricar un violín de hojalata o lámina delgada. Aceptó el consejo y con pizarrones que regalaba la coca cola a los comercios trazó sobre ellas las partes de un violín y se las llevó a La Rana el hojalatero de la calle Mina para que lo soldara; el artesano le entregó un bonito violín de hojalata que con los rayos del sol o de la luz eléctrica reflejaban sobre él destellos luminosos. Desgraciadamente el cambio de violín de madera a hojalata no mejoró la ejecución musical de Villota, si con el primero tocaba mal con el segundo fue peor. Decían que los sones salidos del instrumento de hojalata semejaban agudos chillidos de un marrano cuando lo capaban o cuando el carnicero le mete el cuchillo para quitarle la vida y hacerlo chicharrones. Pero eso sí, el Villota era celoso de su profesión. Platicaban que el jabonero Macario González ya entrado en copas, le dijo:

- Oye tú del violín blindado échate una de cri cri.

El violinista socarronamente le contestó.

- A mi pídemme música de Beethoven pa' arriba no música de mocosos.

Villota no contento con el violín de hojalata

mandó hacer con La Rana un chelo y hasta una batería le fabricó. Todos esos instrumentos tocaba el hombre pero tan mal uno como los otros; dicen que más tarde vendió la batería a un circo.

Muchos años vivió el Villota por la calle Mártires frente a la vecindad Sombrerete. Cerca de la gasolinera de Cholón un camión materialista atropelló a Manuel Villa en la carretera, causándole la muerte.

RAUL Y SU GUITARRA

Anda por las calles de los que fueron barrios de La Patria y del Pueblito, un muchacho o más bien ya un hombre maduro que trae bajo uno de sus brazos una guitarra mugrosa. Desde cuando era niño Raúl que así se llama, cogido de la mano de una señora posiblemente su madre, solía pasar por la Escobedo. Desde aquella lejana época continúa pasando por la misma calle; viene de la orilla poniente del cerro de La Cruz y se dirige a los alrededores del mercado José Ramón Valdés donde en lugares adecuados se sienta entonando canciones desafinadamente, acompañado por los sones que saca de su guitarra. Pocos traseúntes se apiadan del humilde cantor y le arrojan o le entregan unas cuantas monedas que le ayudan a sobrevivir.

El comportamiento de nuestro personaje es el de una persona que ha perdido la vista. Mi madre murió en 1957; antes que ocurriera su fallecimiento la oí platicar a las vecinas: "Raúl no es un

muchacho ciego sino que aparenta serlo o puede que sea miope, porque cuando se acerca a las mujeres la única mano libre -con la otra sujeta la guitarra- la lleva extendida y vá diciendo por donde voy y dá la casualidad que la mano se dirige siempre a los senos”.

Al cruzar las calles, Raúl lo hace con muchas precauciones para evitar ser atropellado por algún automóvil manejado por un conductor alocado; al hacerlo demuestra que si vé, aunque sea poco. Si hay mujeres en la esquina esperando el momento oportuno para pasar la calle, le llega a Raúl de pronto la total ceguera y se acerca al grupo con la esperanza que alguna muchacha o señora se conmueva y le ayude a cruzar la calle. Es posible que Raúl se sienta desamparado y busque inconcientemente la protección de la mujer, supliendo la madre ausente.

El supuesto ciego, en caso de que sea verdad la duda que prevalece entre el vecindario es enemigo declarado del baño, lo afirmamos porque Raúl tarda semanas sin restregarse cara y cuerpo con agua, jabón y estropajo; igualmente pasan semanas y no lava la camisa y pantalón de caqui que siempre trae puestos y que es probable sean las únicas prendas que tiene, cuando cubiertas de lamparones y mugre están a punto de convertirse en hilachas compra o le regalan la remuda. El día del estreno de las prendas Raúl al fin se baña y sale ufano a ganarse el diario sustento, solamente la guitarra sigue igual de mugrienta poco le costaría a su dueño coger un trapo mojado con detergente y limpiarla de cuando en cuando.

Raúl el cantor popular, tiene pleito casado con los sacerdotes de las iglesias del rumbo en el barrio del Pueblito. Dicen que no le permiten cantar en las afueras de los templos y que por eso vá por las calles censurando en voz alta el comportamiento de los curas, acusándolos de no hacer nada por los pobres que se mueren de hambre; a grito abierto hace saber que un día de éstos vá a poner en conocimiento del Papa esos hechos para que ponga remedio.

Raúl vive por la Degollado en una casucha enramada en la falda del cerro de La Cruz casi enfrente al Templo Expiatorio. Platican que vive al lado de una anciana enferma que probablemente sea tía, ya que su madre tiene bastante tiempo de muerta.

Pobre Raúl viviendo en medio de muchas privaciones ya que el poco dinero que junta no es suficiente estando todo tan caro; ha de ser triste llevar una vida así, sin que nadie se preocupe por él y la anciana. Pero que bueno que no se acobarde y vaya por las calles entonando sus canciones y gritando a los cuatro vientos su verdad, sin ningún temor.

LOS PRECARISTAS

En 1965 un grupo como de 50 personas entre las que figuraban Julio Trigo, José Santos Román, Raúl Salamanca y la señora de Avila, se posesionaron de unos terrenos donde solo crecían mezquites. La ocupación fué para presionar a la propietaria señora viuda de Luján a que les vendiera dichos terrenos en abonos para levantar sus viviendas aunque por lo pronto fueran jacales o cuartos con paredes de cartón y techos de láminas. La señora Luján se negó a venderlos y los paracaidistas tuvieron que abandonarlos al no tener apoyo de las autoridades. Los terrenos se localizaban al lado del bulevar Alemán ahora ocupados por la colonia del Campestre.

No fué sino hasta 1972 cuando ocupaba la presidencia Luis Echeverría y siendo gobernador del estado de Durango el doctor Héctor Mayagoitia Domínguez ante la petición del grupo de colonos mencionado, el mandatario duranguense ordenó que el estado indemnizara a los ejidatarios que cultivaban las tierras que están atrás del estadio de beisbol Rosa Laguna y con el nombre de colonia Mayagoitia se aposentaran 1642 familias, constituyendo de esa manera las primeras que lograban ser dueñas de un pedazo de tierra para le-

vantar su propio hogar. Quince años más tarde se han integrado 26 colonias populares y 11 fraccionamientos proletarios que han hecho que Gómez Palacio se extienda hasta el antes lejano rancho de San Ignacio. Miles de familias se han beneficiado con estos asentamientos.

Los precaristas o paracaidistas son las personas pobres que les es imposible comprar o construir una casa, vaya no tienen ni para un terreno y la renta la pagan con sacrificios por lo que se han visto en la necesidad de unirse y luchar para obtener una vivienda digna. No son comprendidos por la gente y los critican porque se adueñan de las calles; lo hacen porque es la única manera que las autoridades les hacen caso para resolver sus innumerables problemas.

El dirigente de colonos Julio Trigo dice que en la lucha por la vivienda, las mujeres han desempeñado un papel muy importante ya que forman el grueso de las manifestaciones en ausencia del marido que trabaja o por ser viuda o abandonada. Son ellas las que se oponen a los desalojos de terrenos invadidos; una ocasión pusieron sus cuerpos ante las bayonetas de los soldados encargados de la expulsión.

“Dicen que el ex-presidente Echeverría fue un mal gobernante, posiblemente; pero lo cierto es que fué acusado de populista y víctima de una campaña feroz porque se preocupó por el bienestar de los trabajadores” opina un antiguo líder obrero independiente quien añade: “Echeverría entre otras cosas, creó el fondo de la vivienda para la construcción de casas a los obreros; implantó el pago

del aguinaldo obligatorio ya que era potestativo y el pago de la indemnización correspondiente en caso de retiro voluntario del trabajador. Pero lo más importante es que hizo lo posible para que el pobre tuviera su propio hogar alentando la invasión de terrenos desocupados ante el peligro que cayeran en manos de los fraccionadores”.

POBRE VIEJO PARQUE

En tiempos remotos una ancha acequia atravesaba la ciudad. Nacía en la presa de San Fernando y terminaba su recorrido en el bosque de la jabonera La Esperanza. En su trayecto a un lado del camino real surtía de agua a angostos canales que iba a regar campos de labranza y huertas.

La acequia todo el año llevaba agua y por las calles donde pasaba en sus márgenes crecían corpulentos fresnos en la orilla de banquetas de lozas desiguales. También regaba los prados del Parque Morelos y de la Plaza de Armas. Teniendo agua permanente esos jardines públicos estaban apretados de árboles. Si a eso agregamos las arboledas de la jabonera, las alamedas a los lados del camino real y de la vía de los trenes eléctricos, más huertas, sementeras y hortalizas en los suburbios, puede decirse que en aquellos años Gómez Palacio contaba con bastantes áreas verdes que purificaban aún más el ambiente todavía no contaminado como actualmente.

El agua corría por las acequias secundarias regando los prados del parque bordeados de fresnos.

y profusión de matas y al atardecer las copas de los árboles se nublaban de pájaros escandalosos. Pero todo pasa, todo cambia. Un día la acequia municipal fue cegada porque la presa de San Fernando dejó de alimentarla al no tener suficiente agua debido a que las caudalosas avenidas del Nazas fueron retenidas en las grandes presas construídas río arriba. Faltos de agua los árboles de calles, paseos, del bosque se fueron secando. Antes las lagunetas de Filadelfia, de Los Necochea y el "charco de los chinos" habían desaparecido.

Aparte de la muerte paulatina de árboles y plantas en el parque, sucesivas autoridades municipales quizá sin proponérselo, han hecho lo posible para acabar con él. Centenares de metros cuadrados de los andadores exteriores fueron convertidos en calles que solo han servido para instalar juegos mecánicos y de estacionamiento de automóviles con parejas de enamorados. Cuantos árboles sacrificados para abrir esas absurdas calles.

Muchos lustros han pasado cuando el modesto quiosco de madera sin pintar que había en el parque se vino abajo destruído por la polilla, y en lugar de levantar otro, han construído templetes de concreto.

Ocupando un espacio considerable, tumbando árboles y destruyendo prados, otra autoridad o la misma de los desaciertos anteriores, mandó cavar la tierra y construir un estanque que casi nunca tiene agua y cuando tiene duran tanto tiempo en cambiarla que cuando lo hacen está verdosa, corrompida; dieciocho famélicos patos vegetan en sus orillas. Asiduos visitantes al parque aseguran

que hay ocasiones pasan días sin darles alimento y que afortunadamente los jardineros se almuerzan los huevos que ponen las patas y que vale más que así sea, porque de otra manera no habría que hacer con tanto pato muerto de hambre. Cuantas docenas de árboles se pueden plantar en el lugar que ocupa el insalubre lago.

Luego vino la construcción de una alberca que estuvo en servicio poco tiempo; hace más de cinco años no se usa, mientras los costosos motores de mantenimiento se convierten en chatarra, dicen que los rateros ya se robaron uno. Cuanto dinero del pueblo invertido en una obra tan costosa e inservible.

Pero así están las cosas y sigue la destrucción en el viejo parque Morelos. Los árboles continúan secándose; están tan débiles que cuando hace mucho aire se caen de dos a tres; cuentan que un ventarrón tumbó como diez, y que nadie se preocupa por reemplazarlos. Campañas de reforestación se anuncian cada año con miles de arbolitos plantados por los niños de las escuelas y siempre se olvidan del viejo parque abandonado, donde ya ni los pájaros alborotadores anidan en sus ralos ramajes de los árboles sedientos. Pobre viejo parque de los días infantiles de tantos, que unos cuantos lo han transformado en erial de cemento.

SOÑAR NO CUESTA NADA

El otro día en las páginas de un periódico regional apareció un artículo del doctor Héctor Chapa Saldaña en el que informaba que el presidente

municipal de Lerdo había ordenado que se limpiara la antigua acequia que corre paralela al bulevar Miguel Alemán, para ver la manera que por su cauce volviera la corriente de agua derivada de la presa de San Fernando a regar los viejos árboles existentes en su largo trayecto y los nuevos que se plantaran; la actual acequia termina frente al hotel Jardín. Antiguamente esa acequia donde siempre corría el agua, llegaba hasta el bosque de la jabonera regando a su paso árboles y plantas que entonces crecían abundantes en el Parque Morelos y la Plaza Juárez. Quizá impresionado por la lectura del artículo del doctor Chapa Saldaña la otra noche tuve un largo sueño.

Soñé que la ancha acequia que venía por el viejo camino real llevaba agua nuevamente para regar los prados del parque y la plaza; donde los árboles secos fueron derribados y tanto éstos como los que han tumbado los ventarrones fueron reemplazados por álamos y fresnos que ya crecían frondosos; macizos de rosales y alfombras de violetas adornaban los prados como antaño.

Soñé que en la Plaza de Armas, las autoridades habían quitado la fuente que existe en el centro y que de cuando en cuando ponen a funcionar el mecanismo que arroja hilos de agua, y en su lugar levantaron un precioso quiosco de vistosos colores construido con madera, columnas y barandales de hierro; asimismo destruyeron la explanada de concreto donde toca la banda municipal porque al haber quiosco sale sobrando; ahí en ese lugar volvieron los prados que antes existían, y en sus orillas lo mismo que en los andadores de la plaza

cavaron la tierra para transplantar árboles y la Plaza Juárez retomó el aspecto de los años veinte.

El sueño me llevó nuevamente al Parque Morelos. Ahí el panorama había cambiado por completo. Ya no estaba el estanque de perennes aguas corrompidas y que los patos había perdido la costumbre de nadar al no atreverse hacerlo en las aguas verdosas, enlamadas. También había desaparecido la alberca costosa e inútil que raras ocasiones tuvo agua. Igualmente quitaron los grandes espacios de cemento que sin ninguna razón aparente construyeron y las calles laterales del parque volvieron a ser andadores. En los lugares que dejaron libres el lago, la alberca y las planchas de concreto aparecieron prados de acuerdo con el trazo original del parque, donde ya crecían árboles y plantas con variedad de flores. Y el templete redondo de cemento fue derruido y en su lugar colocaron un pequeño quiosco de madera.

Siguió el sueño. Cuando comenzaron a demoler el Gran Teatro Unión como lo llamaban bisabuelos y abuelos de muchos habitantes de Gómez, la gente protestó, presionando a las autoridades a que evitara el desacierto. El gobierno municipal expropió la ruinosa finca y con sacrificios la remodelaron. Que bonito se veía el venerable teatro con sus arañas de lámparas pendientes del techo; otra vez se vieron los balcones con plateas adornados con cortinajes de terciopelo rojo y farolas en las columnas; el lunetario inclinado que se convertía en pista de baile. Las nuevas generaciones aceptaron el encanto de su sencillez y a los viejos los sacudió el recuerdo.

Finalmente soñé que la Casa de la Cultura no estaba en una colonia distante y exclusiva a donde la gente no asiste a los actos culturales que presenta aunque sean gratis. A las ocho de la noche dejan de prestar servicio los autobuses y no todos tienen carro. Una ocasión que se presentó Pilar Rioja habíamos una veintena de espectadores desilucionados, avergonzados, ante la gran bailarina lagunera. Ahora la Casa de la Cultura ocupa la finca señorial que fue de don Silvestre Faya por la calle Morelos; aquí si la gente asiste a presenciar los eventos culturales. Nada cuesta soñar.

Dejando a un lado los sueños, por la misma calle Morelos a media cuadra de la plaza está el Centro Cultural del ISSSTE, donde es un entrar y salir de jóvenes de ambos sexos que acuden a las diversas clases que imparte.

MONUMENTOS, PLACAS, ETC.

En las ciudades antiguas se edificaron magníficas construcciones de cantera: palacios gubernamentales, templos, teatros, museos y mansiones de los potentados que constituyen un legado de joyas arquitectónicas para la posteridad. En cambio las ciudades modernas de anchas y rectas calles con amplias banquetas, como es lógico carecen de esa clase de construcciones.

Probablemente las primeras ciudades modernas que hubo en el país, sean Gómez Palacio, Torreón, Delicias y Ciudad Obregón. Las cuatro asentadas en el norte en medio de tierras desérticas,

que no cuentan con atractivos naturales. Por lo tanto, esas jóvenes ciudades buscando hechos relevantes que han sucedido en su localidad en sus pocos años relativamente de fundadas, colocan estatuas, bustos, placas alusivas y columnas conmemorativas.

Así vemos que en Gómez Palacio en lo alto del cerro de La Pila en recuerdo de sus hazañas precisamente ahí, han levantado una estatua ecuestre de Pancho Villa el formidable guerrillero y en el entronque del bulevar Miguel Alemán con la calzada Jesús Agustín Castro colocaron una estatua de cuerpo entero del revolucionario que encabezó el levantamiento de 1910 en esta ciudad y que tiene el mismo nombre de la calzada. En una plazoleta de la colonia El Campestre un monumento de mármol indica que ese sitio cuando aún estaban las ruinas de la antigua hacienda de Santa Rosa, la noche del 20 de noviembre de 1910, un puñado de hombres se levantó en armas contra el gobierno porfirista. Una placa en una casona de la Rayón entre las calles Escobedo y Patoni recuerda que ahí vivió Jesús Agustín Castro. En la esquina de Hidalgo y Martires donde estuvo un templo protestante, en la pared exterior de la finca se ve una pequeña placa ovalada colocada en 1914 en homenaje a los primeros hombres que murieron al iniciarse la revolución en esta región.

Por la avenida Hidalgo, en el exterior de la casa marcada con el número 1369 una placa señala que ahí vivió la poetista Adela Ayala. Donde antes fue la vieja hacienda de Santa Rosa en el fraccionamiento del Campestre una placita recibió

el nombre de Melquiades Campos, ya que el renombrado músico nació en la mencionada hacienda en 1878; la placa alusiva la quitaron al adoquinar la placita y no la han repuesto.

Hace muchos años cuando todavía existían las ruinas de lo que era la hacienda de Santa Rosa, en los restos de una pared de adobes se veía una placa de humilde mezcla en la que borrosamente indicaba que ahí en la hacienda, se había hospedado por algunos días de septiembre de 1864 el presidente Benito Juárez y tres de sus ministros. Poco cuesta a las autoridades colocar cualquier cosa que recuerde el acontecimiento histórico.

También se debe perpetuar la memoria del precursor revolucionario Dionisio Reyes colocando una placa en la casa donde vivió por la Aldama entre Escobedo y Patoni.

Algunas personas entre ellas el profesor José Santos Valdés, han sugerido que el cerro de La Pila sea declarado monumento nacional ya que ahí tuvieron lugar los combates a sangre y fuego donde fueron destrozadas las fuerzas de la Federación, abriendo el camino al triunfo de la revolución. Los que éramos muchachos en 1914 recordamos los restos de los fortines construídos a lo largo del cerro que fueron arrasados a bombazos por los villistas. Ingenieros militares pueden reconstruir aquellas trincheras donde fueron emplazados cañones ligeros de montaña, nidos de ametralladoras y las loberas que protegían a los fusileros.

Siendo Gómez Palacio uno de los lugares donde se inició la revolución de 1910 es natural que

muchos de sus habitantes se lanzaron a la lucha; algunos murieron en los combates y otros en paz y muchos de ellos están sepultados en sus cementerios. Existe el proyecto de levantar un monumento en recuerdo de ellos, grabando sus nombres.

Igualmente, merece ser recordado el fundador de Gómez Palacio, don Santiago Lavín que hizo donación de los terrenos donde se asienta la ciudad. Una estatua, un busto o una sencilla placa cuando menos, merece el visionario español.

EL QUINTETO DEL CLUB VERDE

Ariel Martínez es uno de los estudiantes de la 18 de Marzo que fueron a estudiar a México y al terminar su carrera como otros muchos de sus compañeros allá se quedaron quizá para siempre. Sin embargo Ariel no olvida la querencia por su tierra.

Una noche, sentados alrededor de una mesa en La Mundial por Bucareli, Ariel Martínez habla de sus recuerdos:

“Cuando voy a Gómez Palacio visitó al Club Verde, ahí mismo o antes en otra cantina me echo unos tragos. Llego al Club Verde en busca de los músicos que tocan ahí; si los encuentro les pido que me toquen unas piezas, salgo afuera, me siento en el cordón de la banquetta y suelto el llanto. Lo hago porque mi padre cuando yo era niño me llevaba al Club Verde y me dejaba sentado en el cordón de la banquetta, entraba a la cantina y ordenaba a los músicos tocaran sus melodías fa-

voritas que son las que escucho cuando voy, y lloro porque me traen recuerdos de mi padre”.

No solamente Ariel Martínez se conmueve al oír la música en el Club Verde, sino también otras personas mayores de edad que viven en Estados Unidos o en poblaciones de nuestro país cuando vienen a Gómez a pasar unos días al lado de los suyos, no dejan de darse una vuelta al “Verde” a escuchar los viejos valeses de cuando eran jóvenes o ya hombres les traen recuerdos de la novia ingrata o de la abnegada esposa.

Los conjuntos de músicos que han tocado en la mencionada cantina conocidos como “el quinteto de cuerdas Club Verde” reciben ese nombre porque lo integran cinco ejecutantes. El primer grupo que se formó fue en 1947 en el año de la quemazón del mercado Baca Ortiz, dice uno de los informantes.

Daniel López que tocaba el cornetín en la banda que dirigía su hermano Luis fue el organizador del primer quinteto del Club Verde y que ha sido el mejor. Daniel que tocaba muy bien el cello vulgarmente llamado “chelo” invitó a los violinistas Romualdo Villagrán a “Villita” y Emilio Vega, al guitarrista Luis Puente y a Alejandro Guzmán que tocaba el contrabajo. También actuaron posteriormente en ese conjunto los violinistas Eduardo Martínez y Marciano Mireles cuando Villita dejó de pertenecer al grupo; todos ellos magníficos músicos. A la muerte de Alejandro Guzmán su lugar en el tololoche fue ocupado por varios ejecutantes siendo el último Jesús Tapia.

En algunas ocasiones el violinista Jesús Flores

que había formado parte de las grandes orquestas de las compañías de teatro, llegó a tocar acompañando al quinteto, asimismo llegó hacerlo Lauro Uranga que vivió periódicamente en Gómez Palacio.

Pronto corrió la fama en la región de estos buenos músicos y las personas en su mayoría de Torreón amantes de la música nostálgica se daban cita en el Club Verde para escucharla. Profesionistas, jueces y hasta un sacerdote estacionaban sus automóviles por las calles que hacen esquina con la cantina; llegaban acompañados por amigos o familiares a disfrutar de las audiciones; les servían bebidas en sus carros y pedían a los músicos les tocaran los vales entonces en boga.

El primer quinteto estuvo en el Club Verde como 10 años y ante la mala situación reinante en La Laguna se fueron de gira al norte y nunca regresaron. Se quedaron en Chihuahua tocando en la cantina La Nueva Paz por la calle 10 antes de llegar al Paseo Bolívar. Daniel López que comenzaba a sentirse enfermo no los acompañó.

Entonces Julián Hernández que encabezaba un grupo de músicos callejeros junto con su hermano Jesús -violinista- y Alberto Martínez que tocaba la guitarra invitaron a Villita y a Daniel López a integrar un nuevo quinteto y con las naturales bajas y altas por fallecimientos y otras causas, continuaron tocando en el Club Verde desde hace casi 30 años.

GOMITOS CHIQUITO

La ida de mexicanos al vecino país del norte en busca de los valiosos dólares desde siempre ha existido; emigran a sabiendas que van a recibir humillaciones y malos tratos, cargados de nostalgia pasan los años suspirando por el terruño inolvidable. Se van con la esperanza de ganar unos cuantos dólares para enviarlos a sus familias para que puedan sobrevivir ya que aquí no hay ocupación para todos y además la moneda americana rinde más. El éxodo de nuestra gente al otro lado comenzó a notarse en tiempos de la revolución, cuando muchas familias huyeron del hambre y de la misma revolución.

Antes de la depresión de 1929, en la calle Santa Fé de El Paso estaban las casas enganchadoras solicitando trabajadores para el traque -colocación de vías férreas-, fundiciones, minas, recolección de cosechas. Sin ninguna dificultad se conseguía el pasaporte pagando ocho dólares. Anualmente muchos jóvenes de Gómez Palacio viajaban a la frontera a enrolarse para trabajar en esas duras tareas especialmente en California, Arizona y Texas. Cuando la depresión algunos regresaron, otros se quedaron allá.

En la década de los 40' con motivo de la guerra la empresa del ferrocarril Southern Pacific en Los Angeles tenía problemas por falta de personal especializado. El rumor llegó a oídos de los mecánicos de la Casa Redonda y comenzaron a arreglar sus papeles para irse a la mencionada ciudad californiana, donde desde luego fueron contratados

por la Sourthen Pacific los que se fueron presentando entre ellos los siguientes: Roque Solís, Luis Hinostrosa, Rodolfo Rentería, Salvador Estrada, Manuel Almaraz, Mateo Aldape, Enrique Flores, Manuel Flores, Hilario Gómez Medina, José María Valdés, etc.

La ida de nuestra gente a Los Angeles no se ha interrumpido. La gran mayoría de los antiguos habitantes de Gómez Palacio tienen cuando menos un familiar radicado allá. Se calcula que en el área de Los Angeles viven más de 30 mil gomezpalatinos. En las comunidades de San Pedro y East Los Angeles es donde viven más. Cuatro manzanas de la calle Floral en el barrio Maravillas en East Los Angeles están ocupadas casi en su totalidad por familias procedentes de Gómez; tienen sus propios comercios y demás servicios y sus habitantes lo llaman "Gomitos Chiquito".

Al llegar los ferroviarios de la Casa Redonda a Los Angeles pronto tuvieron contacto con los grupos de Gómez que allá residían, y parece que a iniciativa de Salvador Estrada formaron el Club Gómez Palacio. La agrupación desde un principio contó con el respaldo de la estación de radio de habla hispana Kalli a través del locutor Salvador Solís Hernández que prestaba sus servicios en la difusora; su propietario James Coyle -que no hablaba español brindó todo su apoyo, y sus oyentes y por ende clientes aumentaron considerablemente. Solís Hernández es nativo de Gómez Palacio.

Por esos días en San Pedro vivía mucha gente de Gómez. Una comisión del Club Gómez Palacio de Los Angeles se reunió con los paisanos del puer-

to animándolos a formar una delegación, designando a Alfonso Romo Valdés que se encargara de la tarea. Este señor en poco tiempo logró formar no una delegación sino otro club debido al número considerable de socios que se inscribieron; la nueva agrupación recibió el nombre de Club Gómez Palacio de San Pedro. Comenzaron a organizar festivales para allegarse fondos logrando al poco tiempo relativamente, tener su propio local con mesas de billar, boliches, etc. Alquilaban salones especiales contratando a los mejores artistas y orquestas de México como la de Agustín Lara. El Club de San Pedro llegó a contar con 60 socios y al juntarse con el de Los Angeles para organizar los festivales, siguieron funcionando como una sola agrupación.

Cuenta el señor Romo Valdés que el Club Gómez Palacio donó a la ciudad del mismo nombre; dos ambulancias para la cruz roja y aparatos al hospital municipal. El club mantuvo buenas relaciones con el comercio y las autoridades californianas y debido a ello cuando dos presidentes municipales de Gómez en diferentes fechas visitaron Los Angeles fueron bien recibidos. Agrega que un juez al calificar a un joven por infracción al tránsito supo que era de Gómez Palacio y sonriendo le dijo: "entonces tú eres uno de los que están invadiendo San Pedro y nos están echando de ahí".

Le pregunté a don Alfonso que si no recordaba los nombres de las personas que pertenecieron al Club Gómez Palacio, contestando que desgraciadamente no, solo recuerda a los hermanos Ochoa, Jesús Ruiz y a Jesús Martínez; pero que si recuerda

que el club de San Pedro por espacio de once años funcionó con éxito, después por cuatro años más o menos se sostuvo hasta en la actualidad que casi no existe, y es que la gente emigra a otras partes o van desapareciendo y el entusiasmo de los que quedan se fue acabando.

Pero una parte del barrio Maravillas en East Los Angeles sigue conociéndose como "Gomitos Chiquito".

SABADOS SOCIALES DE LA OLIMPICO

Desde hace algunos años un grupo de amigos que unos pertenecen a la tercera edad y otros que andan en los umbrales de ella como ahora llaman a la vejez, se reúnen en la Arena Olimpico Laguna a compartir las cheves y la botana en fraternal amistad. Las reuniones son conocidas por los sábados sociales de la Olímpico.

Los hermanos Dipp: Gilberto y Javier promueven las juntas sabatinas que solo en contadas ocasiones no se han celebrado. Ahí encontramos a nuestros viejos amigos que por mucho tiempo dejamos de verlos los que vivimos largos años en la ciudad de México; somos Abraham Chapa, Salvador Ramírez y el autor de este relato. Nos dicen chilangos porque en vano explicamos a nuestros camaradas que la capital no es el monstruo urbano donde no se puede vivir; solamente viviendo años ahí al ir la conociendo detenidamente, comprendemos que bien vale sufrir el ruido, el smog y el hervidero humano a cambio de disfrutar de su

clima, asistir a los teatros, visitar museos y conocer las bellezas naturales de sus alrededores y la propia belleza de la gran ciudad.

Asisten también a esas reuniones Ramón García, Sergio Jardón, Jaime de la Rosa, José Hernández Esquivel, Miguel González Valdés, Filiberto Martínez, Tomás Salas, Octavio Contreras, Leandro Ramón, José Mendoza, Luis Mendoza, Abelardo Peraza y otros que de pronto se presentan, algunos como Luis González Badillo que viene de Guadalupe Victoria con su hablar campirano norteño a contar sus vivencias. Llega también el inquieto Arturo Jacques cuando viene de Hermosillo; Lalo Martínez de Durango y de cuando en cuando el Pollo Leopoldo Noriega de la lejana Mexicali. Asimismo visitan la Arena los amigos que viven en Los Angeles y llegan a pasar unos días al lado de sus familiares. Por último, también asisten a las reuniones algunos jóvenes profesionistas que se han acostumbrado a convivir con los viejos como Eduardo Blanco, Rolando Vargas, los hijos de Javier Dipp: Javier Jr., Fernando y Alberto; a veces se presentan los hijos de Gilberto siendo el más constante Tito..

No solamente se trata de comer y entrarle al chupe, también se celebran actos culturales. El trío Cortalagua entraba a la Arena cantando "cuando aparezcan los hilos de plata en tu juventud". En ocasiones llega Julio de la Rosa con su guitarra a recordar la época bohemia del antiguo Gómez. La Olímpico tiene en Choby Contreras y el abogado Blanco sus propios cantores que según nosotros cantan aceptablemente. Por su parte el declamador

exclusivo de los sábados sociales en la Arena que es el licenciado González Valdés conmueve a la concurrencia con sus creaciones: Reto, Amada Infiel, Manelick, etc. Sorpresivamente, algunas veces llega el humorista Humberto Araujo y entonces se arma la tremolina como dice la canción de Agustín Lara, el magnífico humorista de Lerdo presenta un festival de buena diversión y de su gran imaginación van saliendo las anécdotas subidas de color, una tras otra, acompañadas de cómicos ademanes. En una ocasión el ingeniero González-nieto de don José María del mismo apellido y que fue uno de los primeros pobladores de la ciudad-toda la tarde cantó canciones norteañas y bailó como Piporro en medio de los aplausos de los asistentes. También el cantante Dany Coral entretuvo con sus canciones a la gente de la Arena por un largo rato.

Los gastos del convivio se reparten entre todos. Los Dipp enfrían uno o dos cartones de cerveza la que es servida por los barman Genio y El Cordobés. Viene la primera coperacha para la botana. Mientras van a traer lo necesario no falta quien encienda el carbón en el asador; al llegar con el mandado sobran voluntarios dispuestos a preparar la botana que no tarde en estar a su punto. El menú varía cada sábado predominando tacos de carne asada o de cabeza de res hecha barbacoa y en ocasiones hay frijoles con chorizo "a lo Javier Dipp". Algunas veces Lupe Escamilla trae algo de su negocio de botanas de cantina que tiene. Las comelitonas especiales que se han preparado han consistido en chicharrones de carnero o caguamas

y camarones que Arturo Jacques ha traído de la costa del Pacífico para lucimiento de los encargados de su condimento. Una tarde el ingeniero Rolando Vargas llegó con una caja de pescado fresco de la presa y vino de Lerdo un experto a preparar el regio banquete.

A pesar del gran número de comensales que a veces se juntan los cheffs de la Arena calculan bien lo que necesitan, nadie se queda con hambre y cada quien se sirve lo que su estómago aguante. Pero lo más importante son las horas agradables que pasan los asistentes conviviendo con los amigos y recordando los tiempos dejados atrás. Viejos, hombres maduros y unos cuantos jóvenes se olvidan por un buen rato sus propios problemas.

I N D I C E

1

El Mesón del Huizache 3. *La antigua hacienda de Santa Rosa* 5. *Se regalan terrenos* 9. *El parián* 13. *La capilla del Pueblito* 14. *Oscar Francke* 16. *Santiago Prince* 17. *Juan Salcedo* 17. *Pedro Camino Ruiz* 18. *Miguel Torres* 19. *Máximo Alvarez* 19. *Las casas antiguas* 20. *Las casas de las banquetas altas* 23. *Las casas de los Franco* 26. *La casa de don Luis Reyes Spíndola* 27. *La casa de don Silvestre Faya* 28. *La casa del Dr. Viesca Lobatón* 30. *Las casas de cantera de la calle Urrea* 32. *Las casas de los portales* 34. *Otras fincas* 35. *El gran teatro Unión* 37. *Esplendor y decadencia* 39. *Los panteones de la revolución* 42. *Los mesones* 48. *Hospitales* 51. *El Parralito* 54. *Las ruinas del Pueblito* 56. *El tajo de San Antonio* 58. *Las lagunetas* 60. *Las hortalizas de los chinos* 63. *El ventarrón y el mercado* 67. *La mejor novena de todos los tiempos* 69. *El sabino y el olivo* 71. *Los pregoneros de entonces* 74. *El despepíte y la guayulera* 77.

2

Los indios de Santa Rosa 79. *El perro del parque* 82. *Agua del panteón como remedio* 85. *De apariciones y fantasmas* 88. *El gran susto* 90.

3

El Gato Antonio 93. *El Calandrión* 96. *Quico Espino* 98. *Un personaje singular* 99. *Melchor Rivas y su amigo* 102. *Muera Francisco Villa* 105. *La "guaguina"* 106. *Julio Cajitas* 107. *El Villosa* 109. *Raúl y su guitarra* 111.

4

Los precaristas 114. *Pobre viejo parque* 116. *Soñar no cuesta nada* 118. *Monumentos, placas, etc.* 121. *El quinteto del Club Verde* 124. *Gomitos chiquito* 129. *Sábados sociales en la Arena Olímpico* 130.

Este libro se acabó de imprimir el 22 de enero de 1988 en los talleres linotipográficos de La Voz de Gómez Palacio, Allende 269 norte en Gómez Palacio y fue terminado en el taller de encuadernación de Tipográfica de La Laguna en Rayón 214 sur de la misma ciudad. La portada es obra del maestro Raúl Esparza.

CRONICAS Y LEYENDAS DE GOMEZ PALACIO son relatos orales, unos que si sucedieron y otros ficticios que fueron conocidos y comentados por los antiguos pobladores de nuestra ciudad.

Estas narraciones vienen a ser un complemento de la obra **ENSAYO SOBRE LA FUNDACION Y DESARROLLO DE GOMEZ PALACIO** y su lectura servirá para redondear los conocimientos de la vivencia de sus antepasados de una buena parte de la población; quizá su lectura despierte recuerdos de las pláticas de abuelos y padres, escuchados en la infancia o en la adolescencia. No es otro el propósito.

El autor.